



REVISTA EUROPEA.

NÚM. 174

24 DE JUNIO DE 1877.

AÑO IV.

LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA*

El profesor empezó exponiendo, que el tema objeto de la conferencia podría formularse llamándole: *Introducción á la historia contemporánea de España*, pero que esta redacción parecería demasiado grande para los límites modestos de una sola conferencia. Sin embargo, tal era el propósito que la motivaba.

Así formulado el tema, responde á una necesidad constantemente sentida por la generación presente, de la cual se darían fácilmente cuenta todos los que examinasen sus propios pensamientos. Uno de los movimientos más espontáneos de cuantos entran en la vida, es atender á los elementos que les rodean, del carácter del círculo en que se mueven y de las necesidades de la sociedad en que viven y á que tratan de responder.

Por instinto se presentan este problema el literato, el artista, el político, el profesor, el industrial, cuando tratan de dirigirse al mundo que les rodea, y hasta la madre de familia cuando de la educación de sus hijos se preocupa. El resultado del primer análisis es desconsolador. El examen de la época contemporánea, que abarca por lo ménos la vida de dos generaciones, deja en el ánimo una impresión penosa, porque tanto en las cosas como en las personas, se caracteriza por la vacilación, la duda, las contradicciones sin sentido y sin explicación, como si todas las fuerzas de la sociedad española se aplicasen á edificar y á destruir alternativamente, y á pasar de unos á otros extremos sin norte y sin guía. A consecuencia de esto, se presentan inmediatamente, como síntomas de nuestros tiempos y datos característicos de nuestro estado moral, la indiferencia respecto á los ideales, el escepticismo en la práctica, una corrupción moral, consecuencia de las dos primeras, y un espíritu de reacción que se va haciendo cada día más general, sobre todo en la juventud, como resultado de la falta de creencias y de convicciones; todo lo cual, reunido, da á los espíritus y á las ideas un carácter pesimista contra el cual es muy difícil luchar.

Esta primera impresión lleva á un segundo análisis. Si esto es así, no lo ha sido siempre, no lo es

en otros pueblos, no debe serlo, dadas las condiciones de nuestra naturaleza, sobre todo las que acompañan al talento y á la reflexión. Basta recordar las guerras de la Independencia y la primera civil, para afirmar que hace pocos años generaciones llenas de entusiasmo han dirigido la historia de la patria; basta mirar los progresos de Italia y de Alemania y los heroicos esfuerzos de la Francia después de la última guerra, para comprender que el estado de los espíritus en nuestro país no proviene del estado general de Europa.

De estas afirmaciones, el profesor creía poder pasar lógicamente al planteamiento del problema, ó sea á la investigación de las causas que han creado este estado social de nuestro pueblo. Para ello es indispensable ante todo conocer la historia contemporánea, y al tratar de darse cuenta de ella, encuentra todo el mundo con gran sorpresa que la historia contemporánea no existe en España. No existe para la juventud, en cuyos libros de texto, por una inexplicable omisión, la historia contemporánea concluye con la guerra de la Independencia; y cuando ya este vacío existe en nuestra educación, bien puede afirmarse que no se llenará, porque en ninguna parte, en ninguna forma popular ó científica, se encuentra un compendio que, al ménos para los hechos, permita recordar con exactitud los que han ocurrido en España, y apreciar los caracteres más salientes de los sucesos contemporáneos.

Investigando un poco más este punto, no sería difícil afirmar que dos causas, y causas ambas importantes, se han opuesto en nuestros días al estudio de la historia contemporánea. La primera, la índole de la historia patria hasta el siglo XVIII, que por su grandeza, su brillantez, su carácter casi épico, atrae la atención, absorbe el ánimo y quita el deseo de estudiar los tiempos áridos y confusos de la época moderna. Este carácter produce en el ánimo de la generalidad la idea de que nuestra historia es única y no interrumpida, y que los tiempos y las ideas de los Reyes Católicos ó de la casa de Austria han seguido hasta nuestros días. La segunda causa es la manera con la cual la filosofía de la historia se ha presentado en el estudio de la juventud. Esa filosofía, explicando por leyes generales, fáciles de comprender y de exponer, todos los sucesos, y atribuyendo, como es justo, á un desenvolvimiento sistemático las fases todas de la vida, quita la ocasión

* Conferencia del Sr. Moret y Prendergast en la *Institución libre de enseñanza*, el día 28 de Abril de 1877.

y aún el deseo de estudiar los hechos trabajosos y difíciles de la historia contemporánea, por medio de los cuales se contrarían ó se desarrollan esas mismas leyes. Pero como es ley de esa misma filosofía de la historia que lo que es general y sistemático no se realiza sino por medio de esfuerzos individuales y de luchas, de aquí que la influencia de la filosofía de la historia, en cuanto ha producido la indiferencia respecto de los estudios históricos en nuestra patria, ha venido á dejar más en la sombra y en la duda la explicación del presente estado moral, social y político.

Siendo esto exacto, es exigencia de nuestro espíritu conocer esta historia contemporánea y estudiarla con sujeción á ciertas condiciones y datos, de los cuales el profesor se ocupó detenidamente, pero fijando cuál era ántes, en su opinión, el tiempo que se podía llamar en España historia contemporánea.

Esta arranca indudablemente desde aquellos años primeros del siglo XVIII en que, concluidos los ideales que habían dirigido la vida española en los siglos anteriores, nuestra civilización, nuestra cultura, nuestras costumbres, y, por consecuencia, nuestro papel en el mundo, debían obedecer á direcciones distintas; y así como aquellas fueron definidas y claras y produjeron una historia acabada y completa en todas las esferas de la vida, así á su conclusión y extinción debía verificarse un cambio también profundo y radical.

Fijado así el período, las condiciones que el profesor determinaba como indispensables para el estudio de la Historia de España eran las siguientes:

Primera. Determinación y conocimiento de los elementos que dejó la anterior época, y que tanto en política, como en religión, como en moral, como en artes, como en costumbres, formaban el fondo del espíritu español al advenimiento de la dinastía de Borbon.

Segunda. Estudiar detenidamente los elementos propios de España, que, producto de su carácter ó traídos á ella por los hombres que la gobernaban, se desarrollan en todo el siglo XVIII, y son la preparación indispensable para las ideas y sucesos del siglo XIX. En este punto habría que estudiar principalmente el carácter gubernamental y regalista del poder en toda esa época, la cultura, y, sobre todo, la crítica que á su sombra se desarrolla, y el estado social que bajo el nombre de amortización, combinada con la existencia de las órdenes monásticas, caracteriza esa época.

Tercera. Estudio sintético de los diferentes elementos que en derredor de España se desarrollan durante todos esos años, sucesos de tanta importancia como son: la constitución de nuevas nacionalidades en Europa; la revolución norte-americana; la revolución francesa; la literatura enciclopedista; la

volteriana; la aparición de la filosofía alemana; hechos que, renovando profundamente el espíritu europeo, entraron de pronto en España, casi sin preparación, detras del ejército francés de Napoleon ó con las fuerzas de Inglaterra que vinieron en nuestro auxilio.

Después de estos hechos, importan no ménos los ocurridos en el siglo XIX, y principalmente los esfuerzos revolucionarios que han concluido por dar el triunfo á las ideas democráticas en todo el continente; hechos que han venido á determinar el carácter de la generación presente.

Cuarta. Cuando los tres puntos anteriores estén determinados, quedará el más importante y difícil de los estudios que exige la historia contemporánea: el conocimiento de la relación que se ha formado entre todos esos grandes hechos y el carácter y las ideas de los españoles; estudio que habría de explicar cómo causas al parecer semejantes producen resultados muy distintos en el trascurso de pocos años; cómo las ideas liberales, por ejemplo, en instrucción y administración han conducido fatalmente al triunfo de las ideas más reaccionarias; cómo, en fin, utopías desconocidas y extrañas en España, como las utopías socialistas, han podido presentarse en un momento dado como soluciones arraigadas en el sentimiento general de las masas.

Este estudio, que forma la base de la historia moderna, y que en Inglaterra se hace principalmente en las biografías, es desconocido en España y es una de las causas más profundas de la confusión de ideas en la época moderna.

Si todas estas condiciones se cumplen rigurosamente, el profesor estaba seguro de las conclusiones que de ellas se obtendrán; y sin prejuzgar cuestión alguna, ni dar su opinión sobre ellas, afirmaba que el primer resultado de estudiar la historia de esta manera, sería el de alejar las confusiones que se presentaban á nuestro espíritu y que señalaba al empezar la conferencia, porque cada uno podría darse cuenta de las contradicciones de la vida y de las dificultades que las continuas revoluciones suscitan, estudiando las razones y las causas que las producen.

Además, será fácil formar un juicio seguro sobre los diferentes elementos de la sociedad española, sabiendo los que tienen valor permanente y definitivo y los que obedecen á causas pasajeras é impulsiones del momento, lo cual dará á la vida política una estabilidad que hoy nos es desconocida.

Por último, será también una consecuencia segura la de fortificar las creencias de cada uno, porque si la historia no da un ideal para el porvenir, es seguro que reduce á verdaderas proporciones todos los que existen en nuestro espíritu, y nos

hace dar importancia únicamente á los que se amoldan á la naturaleza humana y á las condiciones históricas de nuestro pueblo; con lo cual, si todos los españoles no se educan en un mismo sentido ni adelantan con igual paso en su cultura, cosa imposible de obtener en una sola generacion, se formará un fondo comun de opinion, del cual saldrán más tarde, como salen en los países en que esto existe, aquellos que pueden ser guías de los pueblos y que lo son realmente, no sólo por sus condiciones personales y su valor propio, sino por la armonía que saben establecer entre sus actos y la manera general de pensar de sus conciudadanos. Estos fines son tanto más de desear, y este estudio de la historia contemporánea tanto más necesario para la generacion presente, cuanto que sobre ella se han precipitado con una rapidez extraordinaria las influencias de todas las ideas modernas, y mientras trabaja para su acumulacion, asiste á trasformaciones más importantes aún que las ocurridas en el siglo anterior, y entre las cuales bastará señalar, para justificar este punto de vista, la creacion de la unidad italiana, la formacion del imperio germánico, y la fórmula de otra unidad más vigorosa aún y más enérgica, y que hace presentir una lucha durísima, la declaracion de la infalibilidad del Papa.

Trazado de esta manera el método, el profesor concluía afirmando, que, si el programa trazado no abarcaba todavía el cuadro entero de la historia contemporánea española, es seguro que ésta no puede trazarse sin responder á las condiciones indicadas.

S. MORET Y PRENDERGAST.

LA INSTRUCCION ELEMENTAL EN LOS PUEBLOS MODERNOS.*

(Conclusion.)

En Francia estuvo la instruccion primaria completamente desatendida ántes y despues de la revolucion de 1789, hasta que bajo el reinado de Luis Felipe le comunicó Guizot un vigoroso impulso. En 1830 había 27.365 escuelas de niños, con 969.000 discípulos, y en 1848 se contaban 46.614 escuelas de niños y 19.414 de niñas, con 2.176.000 alumnos del sexo masculino y 1.354.000 del sexo femenino. En 1872 llegó el número de escuelas á 70.179, con 4.722.000 discípulos. La relacion entre el número de escolares y el de habitantes, segun Lavasseur, era de un discípulo por 20 habitantes en 1830; de 1 por 10 en 1847; de 1 por 9 en 1865, y de 1 por 7 y $\frac{1}{2}$ en 1872.

El gasto total de la instruccion primaria, que ac-

tualmente es obligatoria, siguiendo los cálculos de M. Block, era en 1874 de 68 millones de francos. En esta cantidad van comprendidas las subvenciones de los departamentos, las asignaciones de los municipios, las retribuciones escolares, toda clase de recursos, en fin, y el crédito consignado en los presupuestos del Estado, que era de 5.941.661 francos en 1866, y fué elevado por el Gobierno de la república en 1873, no obstante, ó á causa de los grandes desastres sufridos en la guerra con Alemania, á 19.369.622 francos.

En Suiza es más que todo interesante la índole de la enseñanza, que es obligatoria en unos cantones desde la edad de 6 años, en otros desde la edad de 7 hasta la de 15 ó 16. Como dice muy bien el sabio Hepworth Dixon, el más bello edificio que se ofrece á la contemplacion de un suizo en la aldea, en la ciudad ó en la capital del canton, es siempre la escuela. Todos los edificios públicos quedan oscurecidos ante la mansion del saber, lo mismo que si de este modo se quisiera dar á entender al jóven ciudadano que nada interesa tanto al hombre como la educacion de su espíritu. La escuela es el centro de la vida en la infancia y en la juventud del suizo. Allí está el lugar de sus grandes fiestas; allí encuentra el solaz que deleita su espíritu y lo conforta. Segun dispone una ley de aquellos libres cantones, el objeto primordial que ha de proponerse el maestro es desenvolver las facultades y la inteligencia de los niños, poniéndolos en condicion de ser buenos ciudadanos y hombres virtuosos y morales. Dice una ley de Zurich que en las escuelas públicas se adoptará un sistema de enseñanza tal, que los niños de todas las clases puedan ser hombres inteligentes, ciudadanos útiles y seres morales y religiosos. El objeto de la enseñanza es el desarrollo de la inteligencia y de todas las buenas cualidades. En Ginebra, por ejemplo, la instruccion se divide en seis grados. Comprende el primero la lectura, la escritura y el cálculo. Las lecciones del segundo período empiezan con ejercicios sobre la vida moral, y prosiguen con estudios de historia natural, de higiene y de historia. En el tercer período se amplían estos estudios y ejercicios con las explicaciones orales del maestro á continuacion de cada página de lectura. En el cuarto período se insiste, perfeccionando la entonacion. Vienen despues los ejercicios de canto, gimnásticos y militares. Y últimamente, con la enseñanza completa de estos diversos ramos y con la declamacion, que recomendaba Channig para adquirir cierta facilidad de palabra, tan conveniente en los pueblos libres, se da lectura de tratados especiales sobre agricultura y sobre procedimientos industriales, de que tanto han menester las clases trabajadoras. Esa es la enseñanza útil que prepara

* Véase el número anterior, pág. 737.

al hombre para los combates de la vida, y da tan sazonados frutos como los que hoy recoge el pueblo helvético.

En muchos cantones, como Berna, hasta 1831 la escuela fué una dependencia de la Iglesia. Hoy depende del municipio, que paga todos los gastos, y ha progresado en términos que desde el año 1849 hasta el de 1871 se duplicó en el mismo Berna la dotación de las escuelas. Era de 630.853 francos en la primera época, y en la segunda se elevó á 1.200.301 francos.

Los gastos en todas las escuelas primarias de la República importaban en 1875 la cantidad de 8.864.509 francos, ó sea 3 francos y 34 céntimos por habitante. El número de discípulos está en la relación de 1,56 á 10 con el número de habitantes. Son, próximamente, 400.000, con más de 7.000 escuelas.

En Italia, la instrucción pública se estancó, durante muy prolongados años, bajo la inmóvil acción del clero. Crecía la ignorancia á medida que soportaban las poblaciones el peso de la teocracia y del absolutismo monárquico. En 1864 todavía, después de haberse publicado la ley Casati, que tomó el nombre de su autor, y regía desde Noviembre de 1859, había en Lombardía 350 varones que no sabían leer ni escribir por cada 1.000 de la población total; 470 en la Emilia, Toscana, las Marcas y la Umbría; 802 en Nápoles y Sicilia; 912 en la Basilicata. Era todavía más desconsoladora la proporción respecto de las mujeres: en Nápoles y Sicilia era de 93 por 100. En 1859 se dispuso que la enseñanza primaria fuera en lo sucesivo gratuita y obligatoria, imponiendo á los municipios el gravámen de sostener en sus respectivas circunscripciones dos escuelas cuando ménos, una para niños y otra para niñas. Estas escuelas son elementales, ó de primer grado, y en ellas se enseña á leer, escribir, religión, elementos de aritmética, de gramática italiana y sistema métrico. En los municipios que reúnen una población de 4.000 habitantes se enseña además teneduría de libros, geometría elemental, historia nacional, ciencias físicas y naturales y dibujo. Los padres ó tutores negligentes en el cumplimiento de los deberes que impone la enseñanza pública, son responsables de su falta ante el magistrado local, pero en esta parte apenas se aplica la ley. No sucede lo que en Inglaterra y en Prusia cuando en 1819 se estableció la enseñanza obligatoria.

En 1873 presentó Scialoja un proyecto de ley con el objeto de dar mayor eficacia á las prescripciones contenidas en la de 1859, pero fué desechado después de muy notables debates parlamentarios, en los cuales, como dice Hippeau, se impugnaba la instrucción obligatoria y gratuita, porque, en cuanto era obligatoria, tenía el carácter de una

conscripción escolar, y, en cuanto gratuita, relevaba del pago de una contribución pública á los que por su indigencia no estaban imposibilitados de sufragar los gastos. La distinción era fundada, pues la obligación de la enseñanza no trae consigo la condición de que haya de prestarse por el Estado gratuitamente. En Inglaterra y en Escocia obligan al padre á que cumpla el deber que la ley le impone, y socorren al necesitado con los medios de que carece para enseñar á sus hijos.

No es un estado que pueda satisfacer á los italianos el de su enseñanza primaria. La inteligente resolución con que acometieron la empresa de emancipación, tanto de la tiranía extranjera como de la influencia teocrática, prometía algo más, en cuanto á la instrucción del pueblo, que es la manera de conseguir la verdadera independencia nacional; porque, sacudida la lepra de la ignorancia, aparecerá la energía del espíritu popular, que es precisamente lo que falta para complemento de la gran clase media, que constituyó la nacionalidad italiana. El número de escuelas en 1862 era de 28.490, con 801.202 discípulos. En 1873 tenían 43.880 escuelas, con 1.745.467 discípulos. Se han generalizado mucho las escuelas nocturnas y de la tarde, que contaban 14.652 maestros, con 530.432 discípulos en el año 1875. El número de niños que no saben leer ni escribir y tienen la edad de seis á doce años, representa todavía el 12 por 100.

El Imperio austro-húngaro, que por el Concordato de 1855 se había subordinado á la corte de Roma como un feudo, sometiendo la enseñanza pública á la inspección del clero, hizo en estos últimos tiempos esfuerzos muy recomendables en favor de la instrucción. En 1868 se dispuso que la escuela, dejando de ser *confesional*, y como tal una dependencia de la Iglesia, se organizase de manera que fuera accesible á todos, sin distinción de cultos. La enseñanza es obligatoria desde la edad de seis á catorce años en Austria, y hasta los quince en Hungría. Paga los gastos el municipio. Las escuelas, á que se da el nombre de populares, son primarias ó secundarias, y ha de establecerse una de las primeras en cada localidad donde se reúnan 40 niños y no se encuentre otra escuela á menor distancia de una milla. Al padre negligente se le reprende, se le multa, ó se le reduce á prisión, según la gravedad de la falta en que incurra, por no enseñar á sus hijos. Como Bismark había dicho que Prusia debía su poder á la conscripción militar y á la conscripción escolar, después del desastre de Sadowa se acordaron los austriacos de las palabras del gran canciller, y arrancaron al clero la dirección de la enseñanza, mejorándola notablemente.

En las escuelas primarias se enseña religión, gramática, aritmética, escritura, dibujo, nociones de

historia natural, música vocal y gimnasia. En las secundarias se completan esos estudios y se enseña además geometría y teneduría de libros. En Hungría se establecieron escuelas de ampliación ó perfeccionamiento para los niños de doce á quince años. Se cuida muy especialmente de poner al alcance de los jóvenes que no han de recibir ulterior instrucción, aquellos conocimientos que son más necesarios para llenar los deberes civiles y políticos, y para dedicarse con provecho á las faenas de la industria.

El número de escuelas superiores y elementales en 1870 era en Austria de 14.299, en Hungría de 15.254, con 22.177 profesores en las provincias de Austria y 20.419 en las de Hungría. De 2.644.580 niños que en Austria tenían el deber de asistir á la escuela, concurrían 1.724.237, y en Hungría de 2.454.479 asistían 1.226.469. En todo el Imperio el 68 por 100 carece de instrucción, variando desde el 4 por 100 en la Baja Austria, al 98 por 100 en Carniola. ¡Únicamente el 0,8 por 100 sabe leer y escribir en Dalmacia! El contacto de Turquía es fatal para los pueblos. En Hungría no pasan del 24 por 100 los que saben leer y escribir.

Mucho se hizo desde 1868, pero mucho les resta que hacer. El propósito de no cejar en ese camino se descubre en los medios adoptados. Al que no presenta certificado de instrucción no se le permite contraer matrimonio ni inscribirse como aprendiz en ningún oficio. Despótico es el procedimiento: se resiente de la índole del pueblo en que se aplica.

La historia reserva indudablemente para Rusia uno de los más distinguidos puestos en el presente siglo. Bastaría la supresión de la servidumbre para darle gloria imperecedera. Pero se transforma el régimen de la propiedad territorial, multiplicándose los bancos de emisión, además de los municipales, que son una especialidad moscovita; cruzan las estepas líneas de ferro-carril, y entre los servicios á que consagra el Gobierno señalada predilección, figura la instrucción primaria. Este gran período comenzó para Rusia con una, que consideran, y en los fastos militares es, verdadera desgracia nacional. Nos referimos á la guerra de Crimea. Pero el estruendo con que Sebastopol cayó al empuje de las naciones occidentales, fué como un aviso de que el Imperio no era grande por abarcar dilatados territorios, y desde entónces se pensó seriamente en desarrollar las fuerzas internas del país. Los viajeros que en los últimos tiempos recorrieron el imperio dan testimonio de que, no tan sólo prospera en algunos distritos la industria, existiendo poderosos elementos de riqueza, sino de que el moujik es susceptible de todos los progresos.

Hasta el año 1864, en que se publicó un Reglamento general, todos los esfuerzos para mejorar la

enseñanza habían tenido por objeto la instrucción superior, y especialmente la militar: era la enseñanza de los nobles el objetivo de todas las reformas. Así es que, por los años de 1863, se estimaba que en las escuelas de distritos y parroquias no había más de un alumno por 300 habitantes de la población total. Del presupuesto general se destinaban 23 $\frac{1}{2}$ millones de rublos á la instrucción pública, según dice M. Block en su *Diccionario general de la política*. Dudamos de la exactitud de ese dato, como de los que acerca del mismo Imperio registra otro libro del mismo autor, *La Estadística de la Francia comparada con los diversos países de Europa*, porque en una *Revista rusa*, dirigida por C. Rættger, se consignaba en 1874 que el número de escuelas era de 16.739, con 675.317 discípulos, y un gasto para el Estado de 3.415.188 rublos, que es próximamente la cantidad de 13.660.752 pesetas. De 100 soldados hay 70 ú 80 que no saben leer. En 25 de Mayo de 1874 se publicó otro Reglamento sobre la instrucción primaria, después de haber dirigido en Diciembre de 1873 una carta el Emperador al ministro de Instrucción pública, en la cual hacía un llamamiento apremiante á la nobleza para que velase por la enseñanza. Se da intervención á la Iglesia nacional en el régimen de las escuelas, y se ha reorganizado el servicio administrativo en esa parte, con el intento de darle mayor eficacia. Se hace sentir al *paisano* ruso la necesidad de instruirse, obligándole á permanecer quince años en el ejército, de estos nueve en la reserva, cuando no presenta certificación de haber frecuentado la escuela. El que adquiere nociones de religión y aritmética y sabe leer y escribir, no sirve más de cuatro años en el ejército activo; año y medio el que haya cursado seis asignaturas en un Liceo, y seis meses el que estudia una Facultad. Grande es todavía el atraso de la instrucción en Rusia; mas no se ha de olvidar que la empresa requiere mucho tiempo y gran constancia.

La pequeña Nación belga se distingue en ese ramo como en todos los demás del humano progreso. Destinaba 4.504.922 francos á la instrucción primaria en 1854: habían trascurrido quince años, y el presupuesto para la educación popular se elevaba á 14.500.518 francos. En 1869, para cinco millones de habitantes, el número total de escuelas, que se dividen en varias clases, según están ó no sujetas á la inspección oficial, y según la fundación, era de 5.641, con 10.576 profesores de ambos sexos y 593.379 discípulos. La instrucción en Bélgica es una de las causas principales á que debe su creciente prosperidad. Se disputan con tenaz empeño el partido liberal y el católico la enseñanza de la juventud. Más de la tercera parte de los profesores son eclesiásticos. El triunfo, sin embargo, allí en donde la ciencia, la industria ó el comercio representan un gran po-

der, si no el único, ha de ser y es necesariamente una de las más sólidas conquistas de la libertad.

Los Países Bajos, en donde todas las escuelas públicas son laicas, conservan la tradición de su glorioso período en la historia del mundo. Para una población de poco más de tres millones de habitantes, tenían en 1870 un número total de escuelas de 3.727, con 10.912 profesores de ambos sexos y 466.779 discípulos.

No van en zaga los Estados Escandinavos. Suecia, con una población de cuatro millones de habitantes, contaba en 1866 próximamente 2.883 escuelas y 593.191 discípulos. En 1871 eran 7.328 las escuelas primarias, 2.340 fijas, 1.145 ambulantes, 3.855 llamadas pequeñas escuelas superiores, con 712.520 alumnos y un presupuesto de 5.500.000 pesetas, que equivale á una peseta y 30 céntimos por habitante. Noruega, con millon y medio de habitantes, sostenía en 1866, para 204.001 discípulos, un número total de escuelas de 6.344.

El mermado Reino dinamarqués tenía en 1867 2.518 escuelas y 259.508 discípulos. Una clase de enseñanza introdujo en este país el pastor Grundwity, que merece especial mención. Con el objeto de familiarizar á las poblaciones rurales con la historia y literatura nacionales, se fundaron escuelas, que llegan al número de 70, con 2.500 discípulos, en donde se enseña á viva voz geografía, literatura, historia, poesía, artes, canto y aun física y matemáticas aplicadas. Este sistema de enseñanza se propaga también en Suecia y Noruega.

Nuestros hermanos de Portugal distan, como España, muchísimo del movimiento general en Europa. Tendrán próximamente 100.000 discípulos de ambos sexos y ménos de 3.000 escuelas. ¡La raza ibera queda muy atrás en el camino de la civilización! Necesitamos sacudir nuestra pereza y aligerarnos del peso de nuestras preocupaciones para recuperar el tiempo perdido.

Grandes fueron los adelantos hechos recientemente por muchos Estados de Europa; pero todo palidece, todo queda reducido á mezquinas proporciones, cuando se compara con los gigantescos progresos de los Estados-Unidos. Un escritor nada simpático á esta gran república, por ser república, y más que todo por ser democrática, Mr. Claudio Jannet, dice que todo americano, prescindiendo de los negros del Sur y de algunos inmigrantes, sabe leer y escribir, gracias á la generosidad admirable de muchas fundaciones privadas y á las subvenciones de los diferentes Estados en que la república se divide. En los primeros tiempos cada Iglesia cuidaba de sus escuelas. Después intervinieron los Estados para favorecer la propagación de la enseñanza; fueron dotadas las escuelas con vastas extensiones de territorio; se hizo completamente laica

la enseñanza, sin abandonar el espíritu religioso, que tan arraigado está en los Estados Unidos, pero sí el espíritu de secta; y existe actualmente una organización peculiar, con sus *board of schools*, su distribución territorial, independiente de la municipal ó de los *townships*, y sus fondos propios. Es obligatoria la enseñanza en diez ó doce Estados; pero, sin necesidad de imponerla como obligación, había en 1850 un número total de discípulos de todas clases y grados de 3.642.694. En 1860 eran ya 5.477.237, y en 1870 llegaban á la enorme suma de 7.209.000, con una población de 38.558.371 habitantes. De ese número, próximamente un millón corresponde á las escuelas llamadas *grammar schools*, *high schools*, academias, colegios, escuelas normales, facultades de Derecho, Medicina, Farmacia y Teología, escuelas de comercio y de industria y grandes escuelas de agricultura. Hé ahí por qué el pueblo de los Estados Unidos, además de ser tan activo, es tan inteligente y realiza tantos prodigios.

Con frecuencia se oye que hay un término medio de instrucción en los Estados Unidos á que no llegaron los pueblos del viejo mundo, pero que el nivel intelectual de América es muy inferior al de Europa. Muchos años trascurrieron desde que Tocqueville emitió ese juicio, que era exactísimo cuando escribió su estimable libro sobre *La Democracia en América*. Mas hoy no es la enseñanza primaria lo único de notar que ofrecen los Estados Unidos en el ramo de la instrucción pública. Son 978.658 los alumnos de ambos sexos que asisten á las escuelas de enseñanza secundaria, que son verdaderos establecimientos científicos, á las Universidades y grandes escuelas especiales, mientras que en Alemania, con una población mayor, no pasa el número de esa clase de discípulos de 294.088.

Las cantidades que en América se destinan á la enseñanza pública son de mayor importancia que las invertidas en Alemania, por ejemplo, al sostenimiento de colosales ejércitos. Allí disuelven los batallones, después que cesa el azote de la guerra, para organizar escuelas. Aquí pensamos eternamente en la guerra, y nos preparamos sin descanso para el combate. En estos ejercicios malgastamos lo más preciso de nuestras fuerzas. *Sesenta y cuatro millones de duros* invirtió la Union americana durante el año 1870 en la enseñanza. El Estado de New-York concurrió con 11 millones de duros consignados para ese fin en su presupuesto particular.

Para que todo sea extraordinario en los Estados Unidos, cuenta en la actualidad 64.815 bibliotecas públicas con 45.528.938 volúmenes, cuando Italia, que heredó la riqueza literaria de tantos siglos, no tiene más que 687 bibliotecas con 5.055.176 volúmenes; y Francia no reúne en las suyas más que 4.389.000 volúmenes.

Se afanan los americanos por acumular riquezas, y asombran al mundo entero con sus ferro-carriles, sus puentes y todas sus obras, que parecen fantásticas creaciones. Mas no se olvidan de los progresos de la inteligencia; y ese claro sentido político que distingue al pueblo americano, es la prueba más concluyente de que la educación produce los grandes resultados á que aspiraba Channing, es á saber: el perfeccionamiento de todas nuestras facultades.

En otro orden de cultura intelectual no presenta la Union americana un número tan considerable de sabios como Inglaterra, Alemania, Italia ó Francia. Pero los nombres de Bancroft, Motley, Prescott, Irving, figuran al lado de los primeros historiadores europeos; Wheaton, Story, Kent, Lawrence, Lieber, Woolsey, Field, Wharton, con tantos otros que diariamente ilustran las cuestiones de derecho público, son verdaderas autoridades en la ciencia; y la misma poesía nos da en el tierno Longfellow una muestra de que el sentimiento de lo bello, como la ciencia, no es patrimonio de razas determinadas ó de pueblos escogidos.

No hemos de omitir en esta rápida revista que Chile y el Perú tienen en singular favor la enseñanza pública, llevando á menudo de Europa muy renombrados profesores para difundir los conocimientos modernos entre los pueblos que hablan nuestro idioma y descienden del mismo tronco que nosotros. La República Argentina, segun dice uno de sus más preclaros hijos, Carlos Calvo, que goza de envidiable reputación científica, entre los escritores de derecho internacional, destinaba en 1865 á la Instrucción pública 110.000 pesetas, y desde entonces fué aumentando progresivamente ese presupuesto, que importaba 7.821.750 pesetas en 1872.

Mejoremos nuestra Instrucción pública, y de esa manera ganaremos en influencia moral, allende los mares, lo que en ilusorio poder hemos perdido. Oblíguese al padre á cumplir respecto de sus hijos el sagrado deber de la enseñanza; tiéndanle en ese camino una mano protectora las corporaciones municipales, y nos daremos algun dia cuenta de lo que somos y de lo que valemos. No dejemos en la indigencia, muertos de hambre, á los pobres maestros de escuela; porque la educación perfecta de un niño, como decía el gran moralista Channing, citado varias veces en este escrito, exige mayor profundidad de pensamiento, acaso más sabiduría que el gobierno de un Estado, y con maestros indigentes será imposible que el discípulo abra sus ojos á la luz de la ciencia ni que aprenda á marchar con paso firme por los ásperos senderos de la vida.

M. PEDREGAL Y CAÑEDO.

Madrid 26 de Mayo de 1877.



Ó EL PALCO DE LA ÓPERA.

Es un gran teatro el de la Ópera de Paris; y no me refiero á las maravillas que presenta á nuestra vista, á la gracia aérea de la Taglioni, al encanto mágico de las Elssler, ni al talento tan poderoso de Nourrit, Talma de la tragedia lírica; no hablo de los magníficos acordes de Meyerbeer, honra de Alemania, ni de los graciosos é inagotables cantos de Auber, el primero de nuestros compositores si no tuviera la desgracia de ser nuestro compatriota. Tampoco aludo á la magnificencia de las decoraciones, los trajes y los bailes; no se trata del teatro, sino de la sala. En ella tiene lugar un espectáculo muy curioso en otro sentido, seductor y brillante. Dirigid una mirada en torno vuestro; y si esta noche teneis tiempo de observar, si os hallais de buen humor, si no habeis perdido vuestro dinero en la Bolsa ó escuchado un mal discurso en la Cámara, si vuestra querida no os ha hecho traicion ó vuestra mujer no os ha armado querrela, si habeis comido bien, acompañado de personas de ingenio ó, lo que es aún mejor, de verdaderos amigos, tomad asiento en la orquesta de la Ópera; dirigid vuestros gemelos no hácia el escenario sino hácia las galerías, el anfiteatro y sobre todo los palcos principales. ¡Qué cuadros tan variados, cuántas escenas de comedia y muchas veces hasta de dramas! Y advertid que no quiero que salgais del observatorio en que acabo de colocaros; porque ¿qué sucedería si abandonando vuestra silla de orquesta y tomando el brazo de un amigo os aventuraseis en el *foyer* de la Ópera? No podríais dar un paso en él sin tropezar con una ambición ó un ridículo, sin chocar al paso con un diputado, un hombre de Estado de hoy, un ministro de ayer, una reputación de la semana, un orgullo de todos los dias. Allí, alrededor de aquella gran chimenea, un caballero de guantes amarillos que refiere sus aventuras de la mañana y sus apuestas en el bosque de Boulogne; un periodista orador que relata en la conversación su folletín del dia siguiente; un dandy que vive á expensas de una actriz y la paga con elogios; otro que se arruina por ella, y se cree obligado á enumerar sus perfecciones como para justificar á los ojos de sus amigos el empleo de su dinero; todo esto formando una extraña confusión, una amalgama de amor propio y pretensiones, suministraría material bastante para escribir cien volúmenes, y yo no trato aquí de contar más que una historieta. Una noche—era, si mal no recuerdo, á fines del año 1831—bailaba la señorita Taglioni. Había una inmensa concurrencia. Yo había ido á reunirme á unos amigos

que me habían citado, pero que demasiado estrechos, ya, no podían proporcionarme asiento. Un joven sin embargo, se levantó y me ofreció el suyo. Como supondreis, lo rehusé no queriendo privarle del placer de asistir cómodamente al espectáculo.—No me privais de nada, dijo, pues voy á salir.—Yo entonces acepté dándole gracias, y observé que el joven ántes de retirarse dirigió una última mirada al salon, y apoyándose un momento contra el palco inmediato, pareció buscar á alguien con la vista; despues cayendo de pronto en una profunda meditacion, ya no pensó en marcharse. Tenía razon al decirme que no le privaría del espectáculo, porque con la espalda vuelta á la escena, sin ver ni oír nada, parecía haberse olvidado completamente del lugar en que se hallaba. Entonces le examiné: era imposible encontrar una figura más expresiva, más bella y más distinguida. Vestido con elegante sencillez, todo en sus modales y en sus más insignificantes gestos era noble, de buen gusto y *comme il faut*. Parecía tener de veinticinco á veintiocho años; sus grandes ojos negros se hallaban constantemente fijos en un palco segundo de enfrente, al que miraba con una expresion de tristeza y desesperacion indefinible. A mi pesar, volví la cabeza en la misma direccion, y ví que aquel palco se hallaba vacío.—Sin duda, pensé, esperaba á alguien que no ha venido; una *ella* que ha faltado á su palabra... ó está mala, ó á quien un marido celoso ha impedido venir... Y él la ama... y la espera... ¡Pobre joven!—Y como él, esperé y le compadecí, y hubiera dado cualquier cosa por ver abrirse la puerta de aquel palco que permanecía tenazmente cerrado.

El espectáculo se hallaba próximo á terminar, y durante dos ó tres escenas en las que ya no bailaban las primeras partes y en las que se hablaba casi en voz alta, habia recaído la conversacion sobre la ópera *Roberto el Diablo*, que se hallaba entonces en estudio y que debía representarse á los pocos dias. Mis amigos me hicieron algunas preguntas respecto á la música y los bailables, manifestándome deseos de asistir á los últimos ensayos. ¡Es una cosa tan curiosa y tan interesante para ciertas gentes un ensayo de la Ópera! Yo les ofrecí llevarlos, y nos levantamos para salir, porque el telon acababa de caer. Al pasar por junto á mi desconocido, siempre inmóvil en el mismo sitio, le manifesté mi sentimiento por haber aceptado su oferta y el deseo de poder corresponder á su atencion.—Nada más fácil, me dijo; acabo de saber que sois Meyerbeer.—No tengo ese honor.—O que sois uno de los autores del *Roberto el Diablo*.—Del libreto nada más.—Pues bien, caballero, permitidme asistir al ensayo de mañana.—Ofrece aún tan poco atractivo, que no me atrevo á invitar más que á mis amigos.—Razon de más para que yo insista, caballero.—Y yo me considero

muy honrado con que os digneis hacerme tal peticion.—Me estrechó la mano y quedamos citados para el dia siguiente. Fué exacto á la cita, y mientras empezaba el ensayo nos paseamos algunos instantes por el teatro. Hablaba en un tono grave, y sin embargo, amable y espiritual; pero se echaba de ver fácilmente que hacia esfuerzos por sostener la conversacion y que alguna otra idea le preocupaba. Nuestras más lindas cantantes y bailarinas iban llegando sucesivamente. Muchas veces le ví estremecerse, y en un momento su emocion fué tal, que tuvo que apoyarse contra un bastidor. Yo creí entonces adivinar que sentía una pasion desgraciada por alguna de aquellas diosas. Su edad y su figura hacian poco verosímil semejante suposicion. Y en efecto, yo me engañaba; no habló á nadie, á nadie se acercó, y nadie además dió muestras de conocerle.

Empezó el ensayo. Traté de descubrirle en la orquesta entre los aficionados, y no le encontré allí. Aunque la sala estaba poco alumbrada, creí distinguirle en el palco que la vispera habia contemplado con tan profunda emocion. Quise asegurarme de ello, y al final del ensayo, despues del admirable trío del quinto acto, subí al piso segundo. Meyerbeer, que tenia que hablarme, me acompañaba. Llegamos al palco, cuya puerta se hallaba entreabierta, y vimos al desconocido con la cabeza oculta entre las manos. A nuestra entrada se volvió bruscamente y se levantó; su pálido semblante se hallaba cubierto de lágrimas. Meyerbeer se estremeció de alegría, y, sin decirle una palabra, le estrechó la mano con aire afectuoso, como para darle gracias. El desconocido, procurando reponerse de su turbacion, balbuceó algunas frases de elogio de una manera tan vaga y general que fué evidente para nosotros que no habia escuchado la ópera y que hacia dos horas pensaba en otra cosa que en la música. Meyerbeer me dijo en voz baja con desesperacion:

—¡El desgraciado no ha oído ni una nota!

Bajamos los tres juntos la escalera, y al pasar por el bello y espacioso patio que conduce á la calle de la Grange-Bateliere, el desconocido saludó al empleado en aquella portería. Me dirigí á éste y le pregunté:

—¿Conoceis á ese joven que acaba de marcharse?

—Sólo sé que se llama Arturo, que vive en la calle de Helder, núm. 7, y que este invierno se ha abonado á un palco segundo de frente.

—¿Y por lo visto está en el palco á todas horas?

—Viene á él solamente por la mañana; pero por la noche no lo ocupa nunca y está siempre cerrado.

En efecto, en toda la semana no se abrió la puerta del palco, que permaneció vacío y sin que ninguna persona apareciese en él.

La primera representacion del *Roberto* estaba muy próxima, y en esos últimos dias el pobre autor se ve agobiado con peticiones de localidades y billetes. ¿Creeis que éste tiene tiempo de pensar en su obra, en los cortes y cambios que serían necesarios? De ningun modo. Es preciso que conteste á las cartas y reclamaciones que recibe por todas partes; y las señoras, sobre todo, son las más exigentes en ese dia.—Debíais haberme reservado dos palcos, y no he podido obtener más que uno.—Me habíais prometido una delantera, y solo he recibido un asiento de primera fila.—Me dijisteis que podía contar con el número 10, inmediato al palco del general, y me habeis mandado el número 15, que está junto al de la señora D**, á quien no puedo sufrir, y que siempre está muy enfatuada con sus diamantes.—En un dia de estreno se enfrían muchas veces las relaciones con los mejores amigos, que consienten en perdonarle á uno algunos dias despues, si se ha obtenido un éxito brillante, pero que continúan enojados por mucho tiempo cuando ocurre algun fracaso; de suerte que queda uno mal con ellos como con el público. Bien dicen que «un mal no viene nunca solo.»

La mañana del dia en que debía representarse por primera vez *Roberto el Diablo*, tenia yo que entregar á unas señoras un palco que les había ofrecido; palco de que el director me había despojado para dárselo á un periodista. Al quejarme, me contestó:

—¡Es para un periodista!... Ya veis, un periodista... que os detesta... pero que gracias á esta atencion consentirá en hablar bien... de la música.

El argumento no admitía réplica, y además el palco estaba dado. Pero ¿dónde colocar á mis lindas señoras, cuyo enojo era para mí, por otro estilo, tan temible como el del periodista? Me acordé de mi desconocido, y me dirigí á su casa.

Su habitacion era muy sencilla y modesta, sobre todo tratándose de un hombre que tenía abonado un palco en la Ópera por todo el año.

—Caballero,—le dije,—vengo á pedir un gran favor.

—Hablad.

—¿Pensais asistir á la representacion del *Roberto*... en vuestro palco?

Pareció turbarse, y me respondió con cierta vacilacion:

—Quisiera; pero me será imposible.

—¿Habeis dispuesto de él.

—No, señor.

—Si quisierais cedérmelo, me sacariais de un gran compromiso.

El suyo era cada vez mayor... no se atrevía á negármelo... Al fin, como haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, exclamó:

—Consiento en ello, pero á condicion de que no llevareis á ese palco más que hombres.

—Precisamente,—repuse,—os lo pido para unas señoras...

Guardó un instante de silencio, al cabo del cual añadió:

—Entre esas señoras, ¿hay alguna á quien amais?

—Sin duda,—contesté ligeramente.

—Entonces, disponed del palco. Así como así, yo salgo hoy mismo de Paris.

Al oír esto hice un movimiento de interes y curiosidad; él debió adivinar mi pensamiento, porque me apretó la mano entre las suyas, diciéndome:

—Ya supondreis que ese palco tiene para mí recuerdos muy queridos y bien crueles... que á nadie puedo confiar... ¿A qué conduce quejarse cuando uno es desgraciado sin esperanza... y lo es por su culpa?

Por la noche tuvo lugar la primera representacion de *Roberto*, y mi amigo Meyerbeer alcanzó un éxito inmenso, que se extendió por toda Europa. Despues, muchos otros acontecimientos literarios ó políticos, otros muchos fracasos se han sucedido. No volví á ver á Arturo, ni á pensar en él: le había olvidado.

La otra noche, hallábame tambien en la Ópera. Esta vez no se representaba *Roberto*, sino *Los Hugonotes*. Habían trascurrido cinco años.

—Muy tarde llegais,—me dijo uno de mis amigos, un profesor de Derecho, abonado de la Ópera, que tiene tan buen humor por la noche como erudicion por la mañana.

—Y haceis mal,—repuso, dándome un golpecito en la espalda, un hombrecillo vestido de negro, de voz acre y cabeza empolvada.

Yo me volví; era M. Baraton, el notario de mi familia.

—¿Vos aquí?—exclamé;—¿y vuestro estudio?

—Lo vendí hace tres meses. Soy rico, viudo, tengo sesenta años, he estado casado por espacio de veinte, y durante treinta he sido notario... Tiempo es ya de que me divierta.

—Y desde hace ocho dias,—añadió el profesor de Derecho,—se ha abonado á la orquesta.

—Sí, me gusta reirme, y á eso vengo aquí, donde se ven y se oyen las cosas más singulares del mundo. Estos señores lo saben todo, todo lo conocen... No hay una localidad de la que no me hayan referido una interesante historia.

Y al decir esto, miraba al profesor de Derecho, el cual se sonreía con ese aire modesto y reservado que se juzga discreto, y que significa: otras muchas podría contar si quisiera.

—¿De veras?—exclamé.

Y maquinalmente se dirigieron mis ojos al palco que algunos años ántes había excitado vivamente mi curiosidad. ¡Cuál fué mi sorpresa! Aún estaba des-

ocupado aquella noche; era el único que se hallaba vacío en el teatro.

Encantado entonces por tener yo también una historia que contar, hice saber en pocas palabras á mis oyentes la que acabo de referiros tal vez con demasiada extensión.

Todos me escucharon atentamente y empezaron á formar conjeturas. El profesor apelaba á sus antiguos recuerdos; el notario se sonreía maliciosamente.

—Vamos á ver,—les dije;—¿quién de estos señores, que todo lo saben, nos dará la clave de este enigma? ¿Quién nos podrá referir la historia de ese misterioso palco?

Todos se callaron, hasta el profesor, que pasándose una mano por la frente como procurando recordar la anécdota, hubiera concluido probablemente por inventar una; pero el notario no le dió tiempo.

—¿Que quién os contará esa historia?—exclamó con aire de triunfo;—yo, que la conozco en todos sus detalles.

—¿Vos, M. Baraton?

—Yo mismo.

—Hablad, hablad.

Y todas las cabezas se inclinaron hácia el narrador.

—Pues bien,—dijo el notario con aire importante y tomando un polvo de rapé.—¿Quién de vosotros ha conocido?...

En aquel momento se dejaron oír los primeros acordes de la orquesta.

Y M. Baraton, que no quería perder una nota de la introducción, se detuvo de pronto diciendo:

—En el próximo entreacto.

II.

—Señores,—dijo el notario en cuanto terminó el primer acto de *Los Hugonotes*,—tienen que vestirse la reina y todas sus damas de honor; hay que construir además el castillo y los jardines de Chenonceaux, y, por lo tanto, el entreacto será bastante largo para que yo pueda contaros la historia que deseais conocer.

Y después de saborear lentamente un polvo de rapé, como para tomarse tiempo de reunir sus recuerdos, M. Baraton empezó en estos términos:

—¿Quién de vosotros ha conocido aquí á la pequeña Judit?

Todos semiraron, y ni los más antiguos abonados de la orquesta pudieron responder.

—La pequeña Judit, ¿una jovencita que hace siete ú ocho años fué admitida como figurante en el cuerpo de baile?

—Esperad...—dijo el profesor de Derecho con un tono algo pedante.—¿Una rubita que hacía en *La Muda* de uno de los pajes del virey?

—No, era morena,—dijo el notario;—en cuanto al empleo que la atribuíis, no tengo datos para asegurarlo, y prefiero atenerme á vuestra inmensa erudición.

El profesor de Derecho se inclinó.

—Lo que nadie podría negar es que la pequeña Judit era encantadora. Otro punto que también parece auténtico es que la señora Bonnavet, su tía, era portera en la calle de Richelieu, de la casa de un solteron del que en otro tiempo había sido ama de gobierno ó según decían algunos cocinera, pero la señora Bonnavet no convenía en esto. Por lo demás, ella tiraba del cordón y hacía mandados, mientras su sobrina hacía conquistas; porque era imposible pasar por delante de la habitación de la portera sin admirar á la pequeña Judit, que entonces contaba apenas doce años. Sus ojos eran ya los más bellos del mundo, sus dientes como perlas, su talle delicioso, y con su vestido de indiana tenía el aire más distinguido que se puede imaginar. Además, tenía una fisonomía inocente, cándida, y, en su misma inocencia, expresiva y coqueta; uno de esos rostros, en fin, á propósito para hacer enloquecer á cualquiera y cambiar, como se suele decir, la faz de los imperios.

Tan continuas felicitaciones recibía la señora Bonnavet por la belleza de su sobrina, que se decidió á hacer algunos sacrificios para su educación: la envió á una escuela gratuita, donde aprendió á leer y escribir; brillante progreso cuyas ventajas apreció bien pronto la señora Bonnavet, que en sus funciones de portera difícilmente descifraba los sobres de las cartas y equivocaba siempre los periódicos que debía entregar á los inquilinos.

Judit se encargó de este cuidado con satisfacción general, y su tía, persuadida de que con una figura y una educación tan distinguida debía aquella llegar sin trabajo á hacer fortuna, no esperaba más que una ocasión: ésta no tardó en presentarse. M. Rosambeau, maestro de baile, que vivía en el quinto piso, se ofreció á dar algunas lecciones á la pequeña Judit, y algunos días después la señora Bonnavet participaba á todas las porteras de su conocimiento, que su sobrina acababa de ser admitida en los coros de la Opera; noticia que de puerta en puerta se esparció rápidamente por toda la calle de Richelieu.

Hé aquí, pues, á Judit instalada en la Opera, tomando lecciones por la mañana y presentándose por la noche desapercibida entre los grupos de jóvenes, de ninfas ó de pajes, como decía hace un momento nuestro amigo el profesor.

Judit era la misma inocencia, aunque entonces había cumplido ya catorce años; se había criado en una casa honrada cuyos inquilinos eran todos casados; su tía, que era de un rigorismo exagerado,

no se separaba de ella casi nunca; la llevaba al teatro por la mañana, la acompañaba al salir por la noche, y hasta se quedaba en el saloncillo del baile, haciendo calceta, mientras su sobrina estudiaba y hacía piruetas.

Me preguntareis lo que pasaba mientras tanto en la casa de la calle de Richelieu, pero no puedo deciroslo. Se ha asegurado que una amiga de la señora Bonnivet se había encargado de sustituirla interinamente hasta tanto que la pequeña Judit hiciera suerte.

Porque sabeis tan bien como yo que las jóvenes solo suelen entrar en la Opera para hacer suerte y alcanzar posicion; realizado lo cual, siendo ya ricas, se retiran, se hacen juiciosas y casan á su hija con un agente de Bolsa.

—O con un notario,—dijo el profesor.

—Es verdad,—repuso M. Baraton, haciendo un mohin;—se han dado casos... Pero ya comprendereis que ni la señora Bonnivet ni su sobrina pensaban entonces en semejantes grandezas. Es necesaria en todo la progresion.

—¿Y Judit?—pregunté yo, porque veía trascurrir el entreacto.

—De ella me ocupo. La señora Bonnivet, á pesar de su previsora vigilancia, no podía impedir que su sobrina hablase con sus jóvenes compañeras. Por la mañana en el saloncillo del baile, y sobre todo, por la noche, cuando salían á la escena... límite terrible que la tia no podía franquear y en el que se detenía su vigilante inspeccion... Judit oía cosas singulares. Una de las ninfas ó de las sílfides que con ella bailaba le decía á media voz:

—Repara, querida, en la orquesta, á la derecha; ¡observa cómo me mira!

—¿Quién?

—Ese guapo joven que lleva un chaleco de cachemir.

—¿Y qué significa eso?

—Una inclinacion por mí.

—¿Una inclinacion!—decía Judit.

—Pues es claro; ¿de qué te asombras? ¿Acaso tú no tienes algun amorcillo?

—¿Dios mio! yo no.

—¿Es gracioso! Oid, chicas, Judit no tiene ningun pretendiente.

—¿Ya lo creo! como que no quiere su tia.

—¿Me gusta! ¿Pues si yo tuviera una tia como ella!...

—No, querida, no hableis mal de una mujer que tiene miras formales y útiles, como á nosotras nos hubiera convenido, y que para preservar á su sobrina del peligro de las pasiones, le busca un protector.

—¿Ella! ¡Un protector!... Es demasiado boba para eso, y no lo encontrará nunca.

Todo esto se decía durante los coros de la *Vestal*. Judit no había perdido una palabra; pero no se atrevía á pedir á nadie la explicacion. Sin darse cuenta de ello, sin embargo, se sentía humillada por el concepto en que la tenían; hubiera querido vengarse, abatir á sus buenas amigas, humillarlas á su vez. Así es que, cuando al retirarse por la noche, la señora Bonnivet tomó un aire grave y solemne para anunciar á su sobrina que se le presentaba un protector muy distinguido, su primer movimiento fué de júbilo... y su tia, que no lo esperaba, pareció encantada de ello y continuó muy satisfecha:

—Sí, mi querida sobrina; una persona muy recomendable bajo todos conceptos, una persona que asegura tu dicha y la suerte de tu tia, cosa muy justa despues de los sacrificios que le ha ocasionado tu educacion y los cuidados que te ha prodigado.

Al decir esto, la tia se enjugó algunas lágrimas; Judit, conmovida por aquel enternecimiento, se atrevió entónces á preguntar solamente quién era el protector y en qué había ella merecido tan alta distincion.

—Ya lo sabrás, hija mia, ya lo sabrás... Por el pronto, todas tus compañeras se van á morir de envidia.

Esto era lo único que deseaba Judit; y, con efecto, grande fué la impresion que produjo esta noticia al dia siguiente en el saloncillo del baile.

—¿Pero es de veras?

—Te lo aseguro.

—No es creible...

—¿Semejante remilgada! ¡Qué suerte tiene!...

—¿Una figuranta, una corista!

—Mientras que yo... ¡una primera parte!

—¿Es irritante!

—Pero es natural, decían otras; ella es muy guapa...

—¿Y muy honrada!... ¡Bien lo merece!...

En fin, jamás una boda de príncipes, de reyes, dió lugar á tantas conjeturas; pero aquella misma noche se desvanecieron todas las dudas al aparecer en el teatro la señora Bonnivet con un magnífico chal.

—¿Quién era aquel protector desconocido? Tendría que ser algun banquero entrado en años ó algun respetable gran señor. Esto fué lo primero que preguntaron á Judit, procurando hacerla hablar; pero todo era inútil: Judit era de una discrecion impenetrable, y la razon no podía ser más sencilla, porque ella misma no sabía nada.

Tres ó cuatro dias despues abandonó con su tia el pequeño cuarto de la portería para ir á vivir en una encantadora habitacion de la calle de Provençe, donde tenía una alcoba del gusto más moderno y un gabinete delicioso, tan elegante y tan bien decorado y alfombrado, que la tia no se atrevía á en-

trar en él, y sólo habitaba en el comedor ó en la cocina... allí se encontraba ella más á su gusto.

Pero trascurrieron algunos dias sin que Judit viese aparecer á nadie, lo cual le parecía muy singular, porque la jóven carecía de instruccion, mas no de talento. Su candor y su sencillez reconocían por causa la ignorancia, no la inocencia; y recordando lo que había podido comprender, y adivinando una parte de lo que no comprendía, comenzó á inquietarse, á estremecerse. Hubiera dado cualquier cosa por tener una amiga á quien pedirle consejo... Pero ella sola, ¿qué proteccion buscar contra un protector que no conocía y que ya le inspiraba miedo? Verdad es que todas las ideas que ella se forjaba de antemano estaban unidas con las de la fealdad y la vejez, á fuerza de tanto como le habían repetido sus compañeras que su protector no podía ser más que un viejo gotoso, extravagante y contrahecho. Así es que tembló de piés á cabeza cuando al quinto dia vió entrar á su tía corriendo y desalentada, y seguida de un caballero, abrió la puerta del tocador, diciendo: ¡Aquí está!

Judit quiso levantarse por cortesía, pero sus piernas flaquearon; y conociendo que iba á ponerse mala, se dejó caer sobre el sofá.

Cuando, despues de un rato, se atrevió á levantar los ojos, vió de pié delante de ella á un jóven guapo, de unos veinticuatro años, poco más ó menos, y de figura noble y distinguida, que la contemplaba con una expresion tan dulce y cariñosa, que bastó á disipar su miedo; y le pareció que quien la miraba así debía defenderla, y nada tenía, por lo tanto, que temer.

—Señorita...—le dijo el desconocido con voz grave, pero respetuosa.

Y viendo que la tía permanecía aún allí, le hizo seña de que saliera. Esta obedeció en seguida, porque precisamente tenía que dar órdenes para la comida.

—Señorita, estais en vuestra casa, y lo que yo deseo es que os encontreis bien en ella y seais dichosa. Perdonadme si tengo pocas veces el honor de ofreceros mis respetos; mis muchas ocupaciones me privarán de este placer. Por lo cual no reclamo más que un título... el de vuestro amigo. Y un solo derecho... el de satisfacer vuestros menores caprichos.

Judit no respondió; pero su corazon latía con tal violencia, que hacía mover el ligero percal de su bata.

—En cuanto á vuestra tía...—y pronunció esta palabra con aire de desprecio,—en lo sucesivo estará á vuestras órdenes, porque vos sois aquí el ama, y todos os han de obedecer... empezando por mí.

Despues se aproximó á ella, le cogió una mano,

que llevó á sus labios, y viendo que todavía estaba temblorosa, dijo:

—¿Es mi presencia la que os causa ese temor? Tranquilizaos, sólo volveré cuando me necesiteis... cuando me llameis... Adios, Judit... adios, hija mia.

Y salió, dejando á la pobre jóven confusa y presa de una emocion que ella no conocía y que no sabía explicarse.

Judit tuvo todo el dia en su imaginacion la figura del bello desconocido con sus grandes y expresivos ojos negros, pues aunque no le había mirado, no por eso dejó de examinar su apostura, sus maneras y hasta su traje. Creía estar oyendo todavía aquella voz tan dulce, cuyas palabras conservaba grabadas en su memoria. La pobre Judit, que siempre dormía muy bien, aquella noche no pudo reconciliar el sueño. ¡Era la primera vez! A la mañana siguiente tenía el semblante pálido, los ojos hinchados... y la tía sonreía.

No se podía hablar del desconocido sin que el lindo rostro de Judit se cubriese de súbito rubor... Y la tía seguía sonriendo.

Pero él no parecía, no iba... y Judit no podía decirle que fuese... En efecto, ¿qué tenía que pedirle?... Casa elegante, mesa bien servida, criados y un coche á su disposicion... Nada le faltaba... ¡nada más que él!

Por otra parte, sus compañeras de teatro, al verla tan brillante, rodeada de tanto lujo, cubierta de ricas galas, no cesaban de hacerle preguntas... Y sus preguntas enseñaban á Judit más de lo que ella quería saber... De aquí que, sin poder explicarse el motivo, guardara el más profundo silencio con su tía y sus compañeras respecto á lo que había pasado entre ella y él. Segun lo que oía en torno suyo, le parecía que en la conducta del desconocido había algo extraordinario... algo de humillante para ella, y que por su propio honor no debía decir. Hubiera muerto ántes que hablar ó quejarse...

Al octavo dia, dia de gran representacion, apercibió en el palco del rey á su desconocido que la miraba. Lanzó un grito de alegría y de sorpresa que hizo perder el compas á un bailarín que en aquel momento daba principio á una pirueta.

—¿Qué es eso?—le preguntó Natalia, una de sus compañeras, con quien sostenía á medias una guirnalda de flores.

—¡Es él... mírale allí!...

—¡Cómo! ¡el conde Arturo de V***, uno de los caballeros de la corte de Carlos X, y que además es un buen mozo! Vamos, no te puedes quejar... Pero ¿qué tienes? ¿Te vas á poner mala por un hombre á quien ves todos los dias?

Judit no oyó nada más; era demasiado feliz. Arturo acababa de inclinarse hácia ella y saludarla, con grande escándalo del dorado palco en que se

hallaba. Al terminar el baile, cuando se disponía á subir á su cuarto, se encontró entre bastidores con Arturo, el cual, en presencia del gentil-hombre que entónces presidía las funciones de la ópera, le dijo:

—¿Me permitís, señorita, que os acompañe á vuestra casa?

—Será un honor para mí,—balbuceó la jóven, temblorosa, sin notar que su respuesta excitaba la hilaridad de sus compañeras.

—En ese caso, apresuraos; aquí os espero.

Os aseguro que Judit no tardó mucho en desnudarse; con la precipitación rompió su vestido de gasa y su pantalon de seda, y la señora Bonnivet que, como todas las madres y tías de teatro, le servía de doncella, á duras penas pudo seguirla por la escalera, llevando el abrigo que su sobrina había olvidado. Arturo esperaba en el escenario, hablando con varios jóvenes y con Lubert, el director, á quien le recomendaba á Judit. En el momento que ella apareció, se adelantó él á su encuentro, á la vista de todos, y juntos bajaron por la escalera particular de los actores. Un elegante carruaje los esperaba á la puerta; y en vano trataría de pintarlos la turbación y el arrobamiento de la pobre Judit al verse sentada al lado de él, en aquel reducido espacio que hacía la entrevista más íntima y más dulce. Él tuvo miedo de que la jóven se constipase y levantó los cristales; después cogió el manton de cachemir que ella tenía en la mano, y se lo echó sobre los hombros. ¡Ah! ¡qué hermosa estaba Judit, qué seductora, embellecida por la felicidad! Pero aquella dicha fué de corta duración. ¡Hay tan poca distancia desde la calle de la Grange-Bateliere á la de Provence, y además aquellos soberbios caballos andaban tan de prisa!... El carruaje se detuvo. Bajó Arturo, ofreció la mano á su compañera, subió con ella hasta el primer piso, llamó á la puerta de su habitación, la saludó respetuosamente y desapareció.

Judit pasó mala noche una vez más. ¡Le parecía tan extraña la conducta del Conde! Porque al fin pudo muy bien haber entrado, sentarse y hacerle una visita. Ella no estaba, es verdad, muy al corriente de las conveniencias sociales; pero le parecía aquello mejor que despedirse tan bruscamente.

En vano trató de dormir; se levantó, se paseó por el aposento, y al despuntar el día, queriendo refrescarse un instante con el aire de la mañana, abrió el balcon... Cuál no sería su sorpresa al ver á la puerta el carruaje del conde, que, por lo visto, había pasado allí toda la noche... Los caballos pifaban en las piedras, de impaciencia y de frío, y el cochero dormía en el pescante...

—Dispensad, señores,—dijo el notario interrumpiéndose;—pero el acto va á empezar y no quiero

perder nada de la ópera, que para eso me he abonado...

Hasta el otro entreacto.

III.

A los dos días volvió Judit á abrir su balcon muy de mañana. El carruaje del conde estaba también á la puerta.

Era evidente que lo enviaba casi todas las noches. ¿Pero con qué intención? Esto era lo que ella no podía adivinar... A preguntárselo nunca se hubiera atrevido. Además, no le veía casi nunca, á no ser por la noche, los días de ópera, en un palco segundo de frente que tenía abonado por todo el año. No había vuelto á entrar en el escenario ni á proponerle acompañarla. ¿Cómo verle?... ¿Qué hacer?...

Felizmente para ella, le hicieron una injusticia... fué objeto de una postergación.

Sus compañeras la creyeron desolada; pero ella se mostró muy satisfecha, porque aquella circunstancia le proporcionó motivo para escribir al conde, diciéndole que tenía que pedirle un favor y que le rogaba se pasara por su casa. Esta carta no era fácil de escribir; así es que Judit empleó en ella todo un día: la empezó muchas veces é hizo, lo ménos, veinte borradores. Se llenó de ellos los bolsillos, y probablemente dejó caer alguno, que no faitó quien recogiera, porque por la noche, en el teatro, oyó á varios jóvenes autores y abonados de la orquesta bromear y reirse de una carta que acababan de encontrar y que corría de mano en mano. Era preciso escuchar sus alegres exclamaciones, sus comentarios satíricos, sus despiadadas chanzonetas sobre aquel billete sin firma, cuyo autor no conocían, pero que querían insertar al día siguiente en un periódico, como modelo del estilo epistolar de las Sevignés del baile.

¡Cuál no sería el espanto y el suplicio de Judit, no al oirse poner en ridículo, sino al pensar que también el conde se burlaría quizás al leer su carta, que en aquel momento hubiera dado toda su sangre por no haber escrito! De aquí que se hallase más muerta que viva al día siguiente cuando entró Arturo en su gabinete.

—Héme aquí, querida Judit; me he apresurado á venir en cuanto he recibido vuestra carta.—Y la fatal, la terrible carta la llevaba en la mano todavía.—¿Qué me queréis?

—Lo que quiero... señor conde... No sé cómo decirlo... pero ese billete... puesto que lo habeis leído... si es que habeis podido leerle...

—Perfectamente, hija mia,—repuso el conde con una ligera sonrisa.

—¡Ah!—exclamó Judit con desesperación;—esa desgraciada carta os prueba que soy una pobre muchacha sin talento, sin educación, que se aver-

güenza de su ignorancia y que desearía salir de ella... Pero ¿cómo, si vos no venís en mi auxilio, si no me ayudáis con vuestros consejos y vuestro apoyo?

—¿Qué quereis decir?

—Dadme maestros y vereis si me falta celo; vereis si aprovecho sus lecciones... trabajaré tanto de dia como de noche.

—¿Por la noche?

—Más vale emplearla en estudiar que en no dormir.

—¡Dios mio! ¿Y por qué no dormís?

—¿Por qué?—dijo Judit ruborizándose;—porque hay una idea que me atormenta sin cesar.

—¿Qué idea es esa?

—La que vos tendreis de mí... sin duda me despreciais, me considerais indigna de vos... Y teneis razon,—prosiguió vivamente;—yo me veo tal como soy, me conozco... y quisiera, si es posible, no tener más por qué sonrojarme á vuestros ojos y á los míos.

El conde la miró un instante con asombro, y le dijo:

—Os obedeceré, querida niña; haré lo que me pedís.

Al dia siguiente, Judit tenía un maestro de ortografía, de historia y de geografía. Era de ver el ardor con que estudiaba; y su inteligencia, sus facultades naturales, que no tenían necesidad de cultivo, se desarrollaron con increíble rapidez.

Había empezado amando el estudio por Arturo y ya le amaba por ella misma. Constituía su más dulce entretenimiento, su consuelo y el olvido de todos sus pesares. No volvió á la sala de baile ni á los ensayos; daba lugar á que la impusieran multas por quedarse en su casa trabajando; y sus compañeras decían:—Judit se dedica por completo al amor; ya no se la ve; pierde su carrera... hace muy mal.

Y Judit redoblaba sus esfuerzos pensando:—Pronto seré digna de él; pronto verá que me hallo en estado de comprenderle, y podrá juzgar de mis adelantos.—¡Vana esperanza! Cuando el conde estaba á su lado, la pobre jóven, cortada y temblorosa, no tenía memoria, de nada se acordaba. Cuando él le hacía alguna pregunta sobre sus estudios, solía responder al revés y el conde murmuraba para sí:—La pobre chica tiene buen deseo, pero poca disposicion.—Lo que había conseguido con su nueva ciencia era comprender cuán torpe y ridícula debía parecerle á Arturo. Y esta idea la hacía cada vez más tímida é impedía la efusion de aquella alma tan tierna y tan sencilla.

El conde iba á verla con poca frecuencia. De vez en cuando pasaba media hora, por la noche, en su compañía; pero cuando daban las doce se levantaba... Entónces, sin dirigirle un sólo reproche, se

limitaba Judit á preguntarle con voz dulce é inquieta:

—¿Cuándo volveré á veros?

—Yo os lo diré mañana, de léjos, en la Ópera.

Y hé aquí cómo: él solía ir cada dos dias á su palco, y cuando le era posible al dia siguiente pasar algunos instantes al lado de Judit, apoyaba con cierto descuido su cabeza sobre la mano derecha: eso quería decir: Iré á la calle de Provence.

Entónces Judit estaba esperando todo el dia, no recibía á nadie y hasta alejaba á su tia para consagrarse por completo al placer de verle.

A pesar de la reserva del conde, ella había descubierto que algun secreto pesar le atormentaba. ¿Cuál era este pesar? No se lo preguntaba, y sin embargo, ¡hubiera sido tan dichosa en poder participar de su afliccion! No se atrevía á esperar tanta dicha, pero en silencio hacía suyas las penas del conde sin conocerlas y suya su tristeza habitual. A menudo le decía Arturo:

—¿Qué teneis, Judit? ¿Cuáles son vuestros pesares?

Si ella se hubiéra atrevido, habria contestado:

—Los vuestros.

Cierto dia le asaltó una idea horrible; se dijo con terror:

—¡Ama á otra! Pero entónces, ¿por qué tomar una querida en la Ópera? ¿Como capricho... como objeto de moda... como un juguete que ha comprado sin necesitarlo ni conocerlo?... Pero entónces, ¿por qué?

Dirigió una mirada al espejo, ¡y era tan jóven, tan fresca, tan linda!... Quedó abismada en sus reflexiones.

De pronto se abrió bruscamente la puerta del gabinete, y apareció Arturo, con un aire de turbacion que jamás había visto en él.

—Señorita,—le dijo con viveza,—podeis vestiros; vengo á buscaros para ir á las Tullerías.

—¿Es posible?

—Sí, hace un tiempo soberbio, un sol magnífico; todo Paris estará allí.

—¿Y vos deseais acompañarme á ese sitio?—exclamó Judit sorprendida, porque el conde nunca había salido con ella, jamás le había dado el brazo en público.

—Ciertamente... para que todo el mundo os vea,—añadió Arturo paseándose con agitacion.—Vamos, señora Bonnivet,—dijo bruscamente á la tia que entraba en aquel momento en el gabinete;—ayudad á vestir á vuestra sobrina; ponedle lo que tenga más elegante, más nuevo y más rico.

—Gracias al cielo y al señor conde, no son lindos trajes lo que nos falta.

—Bien, bien; despachaos, que tenemos prisa.

—Ya estás oyendo que el señor conde tiene prisa,—dijo la señora Bonnivet á su sobrina disponiéndose á quitarle la bata.

Judit se ruborizó y le hizo seña de que Arturo estaba allí.

—¿Qué importa? ¿Acaso tenemos que guardar etiqueta con el señor conde?

Y antes que la jóven pudiera oponerse, su tía le desabrochó el corsé.

La pobre chica, ofuscada y fuera de sí, no sabía cómo sustraerse á las miradas de Arturo.

Pero ¡ay! su pudor se tomaba un cuidado bien inútil: el conde no la miraba; embebido enteramente en una idea que parecía excitar su despecho y su cólera, recorría á grandes pasos la habitacion y acababa de tropezar con un jarron de conchas que saltó hecho pedazos.

—¡Ah, qué desgracia!—exclamó Judit, olvidando en aquel momento el desórden de su traje.

—¡Del Japon!—dijo la tía con acento desesperado.—¡Y que valía lo ménos quinientos francos!

—No, pero procedía de él.

—Vamos, ¿estais dispuesta?—dijo Arturo, que ni siquiera había escuchado la observacion de Judit.

—Al momento. Tía, mi chal... los guantes...

—Y la manteleta,—repuso el conde;—la olvidais, y hará frio.

—No lo creo.

—En efecto,—replicó la tía tocando la mano de Judit,—está abrasando. ¿Será que tienes calentura? Convendría que no salieras.

—No, tía,—se apresuró á exclamar la jóven;—nunca me he sentido mejor.

El cupé esperaba á la puerta; subieron á él y atravesaron los boulevares, juntos, en pleno dia. Judit no cabía en sí de gozo; hubiera querido que todo el mundo la viese. Y para colmo de embriaguez, en la calle de la Paz apercibió á dos de sus compañeras, á las que saludó con toda la afabilidad que da la dicha. Dos primeras partes que aquel dia iban á pié.

El carruaje se detuvo junto á la verja de la calle de Rívoli. Judit tomó el brazo del conde, y ambos se internaron por la alameda de la Primavera. Era dia de trabajo; la poblacion rica y ociosa de Paris se había dado cita en aquel paseo, y la concurrencia era numerosísima.

Arturo y su compañera no tardaron en ser objeto de la atencion general. Eran los dos tan bellos, que no había más remedio que admirarlos. Todo el mundo se volvía al pasar por su lado, diciendo:

—¡Qué linda pareja!

—Es el jóven conde Arturo de V***

—Pues qué, ¿se ha casado?

Judit se estremeció al oír esta pregunta, experimentando cierto doloroso placer de que no pudo darse cuenta.

—No, por cierto,—contestó con aire desdeñoso una señora anciana que llevaba en brazos un per-

rito de Viena, y á la cual seguían dos criados de lujosa librea;—el conde Arturo no se ha casado: monseñor su tío no lo consentiría.

—Entónces, ¿quién es esa linda jóven?... ¿Su hermana, tal vez?

—Nada de eso; es su querida... una bailarina de la Ópera, segun creo.

Por fortuna, Judit no oyó las últimas palabras; porque en aquel momento el baron de Blangy, que iba detrás de ella, decía á su hermano:

—Ahí va Judit.

—¿El amor de Arturo?

—Está loco por ella, y en camino de arruinarse...

—No lo extraño; yo haría otro tanto en su lugar. ¡Mira qué guapa es!

—¿Qué aire tan distinguido y qué fisonomía tan seductora!

—¿Y dónde me dejas ese talle tan elegante y gracioso?

—¡Cuidado! no te vayas á enamorar de ella...

—Ya lo estoy. Ven, ven á verla más de cerca.

—Si podemos aproximarnos, porque hay mucha gente á su alrededor.

La multitud repetía el mismo tema, y Arturo, á su vez, lo oía todo. Las mujeres, al ver el aire modesto de Judit, le perdonaban que fuese tan bella; y los hombres, mirando con envidia á Arturo, se decían:

—¡Feliz él!

Por vez primera, entónces, miró á Judit como ella merecía ser mirada, y se asombró de encontrarla tan hermosa. El paseo, el aire, y sobre todo la satisfaccion de verse tan celebrada, habían dado mayor brillo á sus mejillas, y á sus ojos una expresion y un encanto indefinibles. ¡Además, tenía diez y seis años, amaba, y creía que era amada!... ¿Qué más razones necesitaba para estar hermosa? No era, pues, extraño que obtuviera un éxito completo y que la siguiese un inmenso gentío hasta volver al carruaje. Ya en él, al ver que Arturo la contemplaba con ternura, se olvidó de sus triunfos; no volvió á pensar en los elogios que la multitud le había prodigado, y entró en su casa diciendo:

—¡Qué feliz soy!

El dia siguiente, al levantarse, recibió dos cartas. La primera del baron de Blangy, que, mucho más rico que Arturo, ofrecía su amor y su fortuna. Pero ni siquiera se le ocurrió la idea de enseñarla á su tía ó al conde; no creía hacer, quemándola, el más pequeño sacrificio.

La segunda carta contenía una firma que Judit leyó repetidas veces, no atreviéndose á dar crédito á su ojos. Pero no era posible dudar; era la firma del obispo de ***; y el billete estaba concebido en estos términos:

«Señorita:

»Ayer os presentasteis en público, en las Tulle-
»rías, con mi sobrino el conde Arturo, y habeis lle-
»nado la medida de un escándalo cuyas consecuen-
»cias son incalculables.

»Aunque por la impiedad de los hombres haya
»permitido Dios que todo esté trastornado, tenemos
»medios de castigar vuestra audacia. Os declaro,
»pues, que si no poneis fin á tal escándalo, tengo
»bastante influencia con el ministro de la casa del
»rey para haceros despedir de la Ópera. Si, por el
»contrario, abandonais inmediatamente á mi sobri-
»no, como quiera que el fin santifica los medios,
»os ofrezco dos mil luises y la absolucion de vues-
»tras faltas, etc, etc.»

Judit, al pronto, quedó anonadada por la lectura
de esta carta. Despues, cobrando ánimo, consultó
á su corazon, reunió todas sus fuerzas, y contestó:

«Monseñor:

»Me tratais bien cruelmente, y sin embargo, po-
»dria asegurar ante Dios que nada tengo de qué acu-
»sarme. Así es, os lo juro; pero no me atribuiré un
»mérito que no es mio, que sólo pertenece á quien
»me ha respetado.

»Sí, monseñor; vuestro sobrino es inocente de
»las faltas de que le acusais, y si se ofende al cielo
»amando con toda el alma, es un crimen de que soy
»culpable, pero del que él no es cómplice.

»Hé aquí la resolucion que acabo de tomar.

»Le diré lo que por mí no me hubiera atrevido á
»decirle; lo haré por vos, monseñor, y el cielo me
»dará fuerzas... Le diré:—Arturo, ¿me amais?—Y
»si, como creo, como temo, me contesta:—No, Ju-
»dit,—os obedeceré; me alejare de él, no volveré á
»verle jamás; y entónces, así lo espero, me estima-
»reis lo bastante para no ofrecermé nada y noaña-
»dir la humillacion al sufrimiento. Lo segundo...
»bastará para morir.

»Pero si el cielo, si mi ángel bueno, si la felicidad
»de toda mi vida, hicieran que él me respondiese—
»Os amo!...—¡Ah! malo es lo que voy á deciros, y
»con razon me colmareis de reproches y maldicio-
»nes; pero entónces, monseñor, no habrá poder en
»el mundo que me impida ser suya y sacrificárselo
»todo... Todo lo arrostraria, hasta vuestra cólera...
»Porque, despues de todo, ¿qué podría contra mí?
»¿Hacerme morir? ¿Y qué me importaría la muerte,
»si había sido amada?

»Perdonad, monseñor, si esta carta os ha podido
»ofender... es de una pobre muchacha que no co-
»noce el mundo y sus deberes, pero que tal vez en-
»contrará á vuestros ojos alguna gracia en la esca-
»sez de su inteligencia, en la franqueza de su cora-
»zon, y sobre todo, en el profundo respeto con que
»tiene el honor, etc.»

Escrita esta carta, Judit la cerró y envió á su des-
tino sin hablar á nadie; decidida desde aquel mo-
mento á conocer su suerte, esperó con impaciencia
la próxima visita del conde.

Aquella noche había ópera y fué al teatro con la
esperanza de verle en su palco y de que le hiciera
la seña convenida. Arturo fué tarde y parecía ha-
llarse triste y preocupado. No miró hácia el esce-
nario ni hizo seña alguna á Judit. La pobre chica,
desesperada, tuvo que resignarse á esperar dos dias
más. Era lunes, y al miércoles siguiente fué ya más
afortunada. El conde le hizo la seña que anunciaba
su visita, y Judit se dijo:

—Mañana le veré, y mañana sabré cuál es mi
suerte.

Pero por la mañana temprano se presentó en su
casa el lacayo del conde, anunciando que su amo
no podía disponer de un momento en todo el dia, y
que sólo iría por la noche, bastante tarde, á cenar
con la señorita Judit.

Cenar con ella en vis-á-vis era un suceso extra-
ordinario en quien siempre la dejaba ántes de media
noche. ¿Qué era lo que aquello significaba? La tia
creia hallarlo muy claro: Judit no quería compren-
derlo.

A las once de la noche se hallaba ya dispuesta la
más exquisita y delicada cena, preparada por los
cuidados de la señora Bonivet. En cuanto á Judit,
nada escuchaba ni veía; esperaba.

¡Esperaba! ¡Todas las facultades de su alma se
concentraban ó resumían en esta idea!...

Pero dieron las once y media, dieron las doce, y
Arturo no parecía.

Trascurrió toda la noche, y él no llegó; ella le se-
guía esperando.

Al otro dia y en los siguientes tampoco se pre-
sentó el conde.

Judit no recibió ninguna carta; no volvió á verle.
¿Qué significaba aquello? ¿Qué es lo que había
ocurrido?

—Señores,—dijo el notario interrumpiéndose,—
el telon vuelve á levantarse; se continuará en el
próximo entreacto.

IV.

—Comprendo,—prosiguió cuando hubo termi-
nado el tercer acto de *Los Hugonotes*,—que ten-
dreis curiosidad por saber lo que había sucedido á
nuestro amigo Arturo, y sobre todo, por conocer á
punto fijo lo que era.

—¿Por qué no habeis empezado por ahí?—le dije.

—Me parece,—repuso,—que soy dueño de co-
locar la exposicion donde quiera; soy yo el que
cuento.

—Por otra parte, no es aquí, en la Ópera, donde
hay que mostrarse severo respecto á las exposi-

ciones,—dijo el profesor en Derecho;—nunca se entienden.

—Lo cual es muchas veces una fortuna para los autores de los libretos,—añadió el notario mirándome.

Y satisfecho de su epigrama, continuó en estos términos:

—El conde Arturo de V*** descendía de una antiquísima y muy ilustre familia del Mediodía. Su madre, viuda joven, no había tenido más hijo que él y carecía de bienes; pero tenía un hermano que era inmensamente rico. Este hermano, monseñor el abad de V*** había sido sucesivamente en la corte de Luis XVIII, y más tarde en la de Carlos X, uno de los prelados más influyentes; y sabido es hasta dónde llegaba en aquella época el poder del clero. El abad de V*** era de un carácter frío y egoísta; tenía bastante de severo y orgulloso, y sin embargo, era buen pariente, porque tenía ambición para él y para los suyos. Se encargó de la educación de su sobrino, hizo devolver á su hermana una parte de los bienes que le habían sido confiscados durante la emigración, y la pobre condesa de V... murió bendiciéndole y recomendando á su hijo que le obedeciera ciegamente. Arturo, que adoraba á su madre, le prometió en su lecho de muerte cuanto ella quiso; promesa tanto más fácil de cumplir, cuanto que desde su infancia había experimentado un miedo horrible hácia su tío y había sido acostumbrado á someterse siempre, sin resistencia, á sus menores indicaciones.

Formal, tímido y dulce, pero de corazón noble y generoso, Arturo había mostrado siempre una viva inclinación por la carrera de las armas, por el uniforme y la charretera; tal vez por lo mismo que en el palacio de su tío no veía más que trajes negros y sobrepellices. Un día, con gran reserva, se atrevió á comunicar sus intenciones á monseñor, el cual frunció el ceño al oírle y le anunció con tono firme y decidido que tenía otras miras respecto á él.

El abad de V*** había sido nombrado obispo, y esperaba algo más; contaba con obtener pronto el capelo de cardenal. En tan brillante posición, quería conservar á Arturo á su lado, elevarle á las más altas dignidades de la Iglesia, en una palabra, hacerle abrazar la única carrera que entonces conducía rápidamente al poder y los honores.

Arturo no osaba resistir abiertamente al terrible ascendiente de su tío, pero se prometió no ser jamás obispo.

El Rey, á quien se había hablado con tal objeto, acogió el proyecto con marcada benevolencia, y Arturo debía entrar en el Seminario al poco tiempo únicamente por fórmula, recibir después las órdenes y pasar rápidamente de los grados inferiores á los primeros rangos de su nuevo estado.

TOMO IX.

Arturo no había olvidado el juramento hecho á su madre; además, á los ojos de todo el mundo hubiera sido una insigne ingratitud romper abiertamente con su tío, su único pariente y bienhechor. No atreviéndose, pues, á declarar la guerra al temible prelado y oponerse directamente á sus intenciones episcopales, trataba de hallar algunos medios indirectos para obtener el mismo fin y poner á su tío en el caso de que él mismo renunciara á su proyecto. El mejor medio era dar un gran escándalo que le hiciera indigno de las santas y respetables funciones que á su pesar querían conferirle. Esto no era fácil, porque Arturo, tanto por carácter como por educación, no podía vencerse en nada que afectase á su honradez y severidad de principios. No es libertino todo el que quiere; para ese estado, como para los demás, se necesita vocación, y á nuestro joven le costaba tanto trabajo ser calavera como ser obispo. Tenía, sin embargo, amigos bastante alegres y de las más felices disposiciones, que, por prestarle un servicio, le arrastraban á sus orgías. Arturo iba á ellas por cálculo; pero el desorden le disgustaba tanto como divertía á los otros; su juiciosa frialdad contenía la locura de sus compañeros, y concluía muchas veces por hacerlos razonables: se le había llegado á considerar como un *agua-fiestas*, y había renunciado á ellas.

Entonces, desesperado de alcanzar lo que se proponía, volvió los ojos á las damas de la corte; pero en la corte de aquel tiempo las damas esquivaban el ruido y el escándalo. Esto no es decir que hubiese menos intrigas que otras veces, sino que se ocultaban mejor. Y aunque el obispo fuese advertido de las secretas pasiones de su sobrino, hubiera hecho como que nada sabía, pensando quizás como Molière,

Que pecar en silencio no es pecar.

¿Qué camino, pues, le quedaba al pobre Arturo, que corría tras del escándalo, cual otros corren tras de la gloria, sin poderlo alcanzar? Uno de sus amigos, resuelto libertino, le dijo:

—Échate una querida en la Ópera; ese teatro está de moda, todo el mundo va á él; se sabrá, hará ruido, y eso es todo lo que se necesita.

—¡Yo!—murmuró Arturo enrojándose de indignación.—¡Mezclarme en una intriga de esa especie!

—No tienes que violentarte mucho; se arregla el asunto con la familia, y una vez hecho el trato, puedes obrar como mejor te plazca; no se trata de que la cosa sea realmente, sino de que se crea y dé que hablar.

—En ese caso...

—Todo se reduce á tener el título; demasiado sabes que en estos tiempos hay muchos titulados que no ejercen... Tú podrás ser uno de ellos.

—Bien, consiento en que sea así.

Ya conocemos los detalles de la presentacion y de la primera entrevista de Judit, Arturo y la tia.

Se hizo que monseñor el obispo tuviese noticia de ello.

Nada dijo.

Se le dió conocimiento de que casi todas las noches el carruaje de su sobrino se estacionaba en la calle de Provence, y Arturo esperaba de un momento á otro una séria explicacion y una escena en la que tenia el propósito de mostrarse arrebatado por una ciega pasion que le hacia indigno en lo sucesivo de las bondades de su tio; pero éste no le dirigió la menor reconvencion, y nuestro jóven no sabia cómo explicarse tanta sangre fria y resignacion tan evangélica.

Era la calma precursora de la tempestad.

Monseñor le dijo una mañana:

—El Rey está muy enojado contra vos, no sé por qué causa.

—La adivino.

—Pues yo no quiero saberla. S. M., sin embargo, te perdona; pero exige que dentro de dos dias entres en el Seminario.

—¿Yo, tio?...

—El Rey es quien lo manda, y á él, en todo caso, tendrías que reclamar.

Y sin decir más, le volvió la espalda. Arturo, furioso, fuera de sí, no sabiendo qué hacer, corrió á casa de Judit, la acompañó á las Tullerías, la reconoció como querida suya á los ojos de todo Paris y en visperas de entrar en el Seminario. Aquella vez no pudo ménos de obtener resultado. Despues de semejante escándalo, era imposible pensar, en mucho tiempo al ménos, en hacerle abrazar la carrera de la Iglesia. Y esto era cuanto Arturo deseaba. Su tio escribió á Judit la amenazadora carta que ya conocemos, y el Rey comunicó al conde la orden de abandonar á Paris en el término de veinticuatro horas. Era preciso obedecer. Por fortuna, Arturo se hallaba íntimamente relacionado con uno de los hijos de Mr. de Bourmont, que salía á la noche siguiente para Argel, donde se preparaba una importante expedicion; y le suplicó que le admitiese en su compañía como voluntario, pero sin decir nada á nadie, ni á su tio ni al Rey.

—Puesto que dejan á mi eleccion el lugar del destierro,—se dijo,—lo elegiré glorioso. Iré donde hay peligro que correr y honor que alcanzar. Me haré matar ó lograré distinguirme en la campaña. Y cuando vuelva con una bandera, veremos si aún hay quien pretenda hacerme vestir la sotana y echar bendiciones á los fieles.

Y salió de Paris, de noche, con gran sigilo, porque todos sus pasos eran espiados y temía que si divinaban el objeto de su viaje le impedirían mar-

char. Momentos ántes escribió una carta á Judit diciéndole únicamente que la dejaba por algunos dias; pero esta carta, tan insignificante como era, fué interceptada y no llegó á su destino. El prefecto de policia estaba á las órdenes de monseñor.

A la semana siguiente se hallaba Arturo en alta mar, y á los veinte dias desembarcó en Africa. Figuró entre los primeros en el asalto del fuerte del Emperador, y cayó herido al lado de su intrépido amigo Mr. de Bourmont, á quien el triunfo costó la vida. La de Arturo estuvo en peligro mucho tiempo; durante dos meses se desesperó de poder salvarle, y cuando recobró la salud, su fortuna, sus esperanzas, las de su tio, todo había desaparecido en tres dias con la monarquía de Carlos X.

El obispo no pudo resistir á tal desastre; enfermo y apenado, había querido seguir á la corte en su destierro, pero no pudo. La impaciencia, la cólera constante que experimentaba, habían exaltado su cerebro é inflamado su sangre; se le declaró una fiebre maligna, y en el estado de irritacion en que se hallaba, no sabiendo en quién descargar su enojo, eligió á su sobrino como victima y se vengó en él de la revolucion de Julio.

Arturo, restablecido apénas de su herida, volvió á Paris; y aquí es, señores,—dijo el notario alzando la voz,—donde yo empiezo á entrar en escena. El señor conde fué á mi casa para confiarme los asuntos de la herencia, de los que él no se hallaba en estado de ocuparse. Yo era desde hacia mucho tiempo su notario y el de su familia; me correspondía de derecho. En seguida procedimos á levantar los sellos judiciales. No os hablaré de los detalles del inventario, por mas que un inventario bien hecho y bien dirigido tambien tenga su mérito. Al inscribir en su lugar correspondiente los papeles que encerraba el secreter de Monseñor, tropecé con un billete cuidadosamente doblado que contenía esta firma: *Judit, bailarina de la Opera*. ¡Correspondencia entre una bailarina y un obispo! Por el buen nombre del clero, tuve intenciones de hacerla desaparecer; pero ya Arturo se había apoderado de ella, y al ver yo su turbacion, creí un instante, Dios me perdone tan mal pensamiento, que Monseñor y su sobrino habían sido rivales sin saberlo.

—¡Pobre niña!...—¡Pobre niña! decía Arturo.—¡Qué nobleza, qué generosidad, qué tesoro poseía en ella! Lee, caballero,—añadió presentándome la carta.

Y cuando llegué á esta frase:

Si se ofende al cielo amando con toda el alma, es un crimen del que soy culpable, pero del que él no es cómplice.

—¡Es verdad!—exclamó Arturo con lágrimas en los ojos:—me amaba con todo su corazon y yo no me apercibí de ello, no pensé en corresponderle... ¡Y

tenía diez y seis años! ¡Y era encantadora!... Por que no podeis figuraros qué linda es... Es la mujer más hermosa de Paris.

—No lo dudo, señor conde... pero si quereis que acabemos el inventario...

—Como gustéis...

Y sin embargo, continuó leyendo en voz alta los siguientes párrafos del billete:

«Pero si el cielo, si mi ángel bueno, si la felicidad de toda mi vida hicieran que me respondiese: Os amo... ¡Ah! malo es lo que voy á deciros, y con razon me colmareis de reproches y maldiciones; pero entónces, monseñor, no habrá poder en el mundo que me impida ser suya y sacrificárselo todo... Todo lo arrostraría, hasta vuestra cólera... Porque, despues de todo, ¿qué podría contra mí? ¿Hacerme morir? ¿Y qué me importaría la muerte, si había sido amada?»

—¡Y yo he desconocido... he rechazado tanto amor!—exclamó Arturo.—Yo; yo solo fui culpable... pero repararé mis faltas, le consagraré mi vida entera... ¡os lo prometo, os lo juro! ¿Quién podría hoy vituperarme por ello?... ¡Estaré orgulloso de tener tal amante! Sí, la amo; lo confesaré á todo el mundo, y todo el mundo me envidiará... empezando por vos, señor notario, que no me escuchais... y que mirais con tanta atencion esos farragos de papeles.

Aquellos papeles eran el testamento de su tío, que yo acababa de encontrar; testamento en el que se le desheredaba, disponiendo de la inmensa fortuna del difunto en favor de los hospicios y para fundaciones piadosas. Así se lo hice saber á Arturo; pero no manifestó la más pequeña emocion y se puso á leer de nuevo la carta de Judit.

—La vereis,—me dijo;—quiero que comais hoy con ella.

—Pero estos papeles... este testamento...

—¿Y qué?—repuso sonriendo;—eso ya no me concierne. Por fortuna, Judit me amará sin esas riquezas... Adios, caballero; voy á verla, voy á encontrar á su lado mucho más de lo que he perdido.

Y salió con la mirada radiante de placer y de esperanza.

—¡Extraño joven,—pensé,—á quien una querida consuelá de la pérdida de una herencia!

Y acabé mi inventario.

Algunas horas despues, de vuelta ya en mi casa, vi entrar á Arturo como un loco, delirante.

—¡Ya no está allí!—exclamaba,—¡ya no está! ¡Perdida... perdida por mi causa!

—¡Alguna infidelidad!...

—¿Quién os lo ha dicho?—repuso vivamente cogiéndome por el cuello.

—¡Oh! yo nada sé.

—Más vale así; porque yo no sobreviviría. Desde

mi partida, desde hace hace tres meses, ha abandonado la Ópera y ha desaparecido.

—¿Qué os han dicho sus compañeras?

—¡Barbaridades! Unas pretenden que ha sido robada... otra me aseguraba con la mayor sangre fria que ella le había manifestado intencion de suicidarse.

—¡Es posible! Desde la revolucion de Julio, el suicidio se ha puesto de moda.

—¡No digais eso... perderia la razon! He corrido á su casa de la calle de Provence; pero la ha dejado sin decir á dónde iba.

—¿Ningun indicio?

—La habitacion está desalquilada: nadie la ha habitado despues que ella.

—¿Y no habeis encontrado nada?

—Únicamente, en el cuarto de su tia, hallé en el suelo este papel, esta etiqueta de equipaje en la que hay escrito:

A la señora Bonnivet, en Burdeos.

Recuerdo que ella era de ese país.

—¿Y qué?...

—Que vengo á suplicaros os encargueis aquí de mis asuntos; arregladlo todo como os parezca.

—¿Pues qué pensais hacer?

—Seguir sus huellas, ó las de su tia... buscarla, descubrir su paradero...

—¿Delicado como estais, quereis salir mañana para Burdeos?

—¡Mañana! eso es demasiado tarde.

Partió aquella misma noche.

Al llegar á esto dió principio el cuarto acto de *Los Hugonotes*, y el notario dejó de hablar.

Nos fué preciso esperar hasta el otro entreacto la continuacion de la historia.

V.

Nourrit acababa de saltar por la ventana, y la Falcon de caer desmayada; el cuarto acto de *Los Hugonotes* terminaba en medio de ruidosos aplausos, y el notario prosiguió su relato de este modo:

—Arturo había permanecido seis meses en Burdeos haciendo pesquisas, preguntando á todo el mundo por la señora Bonnivet, de la que nadie le daba noticia. Hasta había hecho poner anuncios en los periódicos. La pobre mujer se hubiera muerto de alegría al ver en ellos su nombre; pero esto no era ya posible. El dueño de una casita, en la que ella había vivido, proporcionó al conde los datos que había solicitado en los periódicos. La señora Bonnivet había muerto hacia ya dos meses.

—¿Y su sobrina?

—No estaba con ella; pero la tia disfrutaba de cierto bienestar; tenía cien lises de renta vitalicia.

—¿De dónde procedía esa renta?

—Se ignora.

—¿Hablabas de su sobrina?

—Algunas veces pronunciaba su nombre; mas en seguida guardaba silencio, como temiendo hacer traición á algun secreto.

A pesar de todas sus pesquisas y gestiones, Arturo no consiguió saber más, y vivía desesperado. Porque desde que había perdido á Judit, desde que se consideraba separado de ella para siempre, su afecto hacía la bella jóven se había convertido en amor, en una verdadera pasión. Esto era entonces el único pensamiento, la única ocupación de su vida. Recordaba con amargura los breves instantes que había pasado al lado de ella; creía verla ante sus ojos, llena de encantos y de amor!... ¡Y todos estos bienes que le habían pertenecido habían sido desdenados por él! No conoció el valor de ellos hasta que los perdió para siempre. Recorría sin cesar todos los lugares en que la había visto. No sabía salir de la Ópera.

Quiso habitar el cuarto de la calle de Provence; pero con gran sentimiento supo que había sido alquilado durante su ausencia por un extranjero que no lo ocupaba. Intentó volverlo á ver, al ménos, y el portero no tenía las llaves; las puertas y las persianas de la habitación permanecían constantemente cerradas.

Comprendereis perfectamente que consagrado por completo á su amor y á sus pesares, Arturo apenas se cuidaba de sus asuntos; pero yo me interesaba por él y observaba con disgusto que tomaban un sesgo enojoso. Desheredado por su tío, no contaba con más fortuna que la de su madre, reducida aproximadamente á unas quince mil libras de renta; y de esto había consumido más de la mitad, primero en las locuras que había hecho por Judit, y luego en los gastos que se le habían originado para descubrir su paradero, porque nada escaseaba. Al menor indicio enviaba agentes en todas direcciones y deramaba el oro á manos llenas... pero siempre sin resultado. Así es que no cesaba de decirme:

—¡Ya no existe! ¡Ya ha muerto, por desgracia!

En las entrevistas que teníamos para tratar de sus negocios, él no hablaba más que de ella, y yo de la necesidad de vender y liquidar. No sin trabajo le pude decidir á hacerlo; le era muy sensible deshacerse de los bienes de su madre, pero era preciso. Debía cerca de doscientos mil francos, y los intereses de esta deuda hubieran absorbido bien pronto el resto de su fortuna. Se fijaron, pues, los edictos, se publicaron anuncios en los periódicos, y la víspera del día en que debía realizarse la venta en mi estudio, recibí de uno de mis colegas una comunicación que me llenó de sorpresa y alegría. La suerte se había cansado, sin duda, de perseguir

al pobre Arturo. Un señor de Courval, hombre de reconocida probidad, se confesaba deudor de su madre por una considerable suma y pretendía reintegrarla. El capital y los intereses ascendían á cien mil escudos; la deuda estaba justificada, y mi colega me llevaba el dinero en buenos billetes de banco. No era posible dudar de semejante dicha. Corrí á anunciársela á Arturo, el cual recibió la noticia sin placer ni disgusto. Cuando no se le hablaba de Judit, todo le era indiferente.

Por mi parte, me apresuré á pagar á sus acreedores y á desempeñar sus bienes, y todo marchaba á las mil maravillas, hasta ocurrir un incidente difícil de explicar.

Arturo se encontró un día con el Sr. de Courval, el que tan noblemente se había portado con nosotros. Vivía generalmente en provincias, y se hallaba por casualidad en Paris. El conde le tendió la mano, dándole gracias por su honrado proceder, en el momento mismo en que aquel se disculpaba con timidez de los repetidos contratiempos que le impedían cumplir sus compromisos.

—¿Cómo no, y el mes pasado me habeis pagado cien mil escudos?

—¿Yo?

—Sin duda; ya no tengo ningun pagaré vuestro; todos han sido realizados; nada me debeis.

—No es posible.

—Ved á mi notario y él os lo probará.

El deudor, que ya no lo era, fué á verme, en efecto, y no podía salir de su asombro.

—Es una gran suerte para vos,—le dije.

—Y más aún para el señor conde,—contestó con aire triste y disgustado;—porque yo ya había tomado mi partido... No pudiendo pagar, me hacía cuenta de que nada debía; y esa extraña circunstancia no me hace ser más rico... ¡Pero él... ya es diferente!... ¡puede alabarse de ser afortunado!...

—¿Pues qué, de veras no sabeis de dónde procede esa devolución?

—Ni lo presumo siquiera; pero si del mismo modo pudiera salir de todas mis trampas...

—¿Aún debeis algo?

—Casi el doble de lo que he pagado, ó mejor dicho, de lo que han pagado por mí. Y si de nuevo se presenta el que haya sido, para continuar la liquidación, os ruego que me aviseis.

—No dejaré de hacerlo.

Nuestra sorpresa se hizo mayor, y Arturo se desesperaba por no poder dar con la clave del enigma. Fui á casa de mi colega, un hombre de bien, muy instruido, que no sabía más que yo... en aquel asunto, se entiende... Le habían remitido los fondos, recomendándole que recogiese y anulase los pagarés. Me confió la carta de remisión y se la llevé á Arturo. Este la examinó atentamente y nada sacó

en limpio. La carta estaba fechada en el Havre, donde vivía el Sr. de Courval; la letra, que no era suya, la desconocíamos por completo... pero Arturo lanzó de pronto un grito de sorpresa, palideciendo como un difunto al fijarse en el sello medio roto: era el de Judit. Él le había regalado en otro tiempo una piedra antigua de gran valor, que tenía grabado un fénix. Léjos de ver en aquel regalo una alusión ó una alabanza, Judit lo había considerado como un emblema de tristeza y había hecho grabar á su alrededor estas palabras: *¡Siempre solo!* Aquel sello no la abandonaba nunca; aquella divisa, insignificante para otra cualquiera y para ella tan expresiva, no podía pertenecer más que á ella.

—¡De ella procede esta carta!—exclamó Arturo.

Y la dejó escapar de sus temblorosas manos.

—Pues bien, ahí teneis la seguridad de que ella existe aún y piensa en vos... Debeis estar satisfecho.

Pero por el contrario, estaba furioso. Habría preferido que hubiese muerto. Porque, ¿á qué ocultarse? decía. ¿Por qué, puesto que sabe dónde vivo, teme venir á verme? ¿Es que se ha hecho indigna de presentarse ante mí? ¿No me ama ya? ¿Me ha olvidado tal vez?

—Esta carta,—le dije,—demuestra lo contrario.

—¿Y con qué derecho,—repuso Arturo fuera de sí,—trata de imponerme sus beneficios? ¿De dónde provienen esas riquezas? ¿Quién la ha autorizado para ofrecérmelas, y desde cuándo me cree capaz de aceptarlas? No las quiero, devolvedlas.

—Bien quisiera, pero ¿á quién?

—Poco me importa... Yo las rechazo.

—¿Y cómo puede ser eso, si con ellas se han pagado vuestras deudas y se han liberado vuestras propiedades.

—Vendereis lo que sea necesario para realizar los cien mil escudos recibidos, á los que nunca tocaré, y quedarán depositados en vuestra casa hasta el momento que puedan devolverse.

—Tened en cuenta el estado á que quedará entonces reducida vuestra fortuna.

—Poco me importa. Por más infiel que sea Judit, no me arrepiento de haberme arruinado por ella... Pero ser por ella enriquecido es una humillacion que no puedo soportar.

Y á pesar de todos mis esfuerzos, de todas mis observaciones, se mantuvo firme en su propósito; se vendieron los bienes, y muy bien por cierto, gracias al aumento progresivo de la propiedad; se depositaron en mi estudio los primeros trescientos mil francos, y aún quedó á nuestro jóven con que comprar seis mil libras de renta en papel del Estado: á esto quedó reducida su fortuna. Atenido á ella vivió dos años, procurando desechar el recuerdo que le perseguía sin descanso. Sombrío y melancólico, esquivando todo placer ó toda distraccion, había

llegado á hacerse incapaz para el trabajo ó el estudio; y yo me lamentaba interiormente del imperio que ejercía una pasion tan cruel en un hombre de tan excelentes condiciones. Iba á verme casi todos los dias, con objeto de olvidar á Judit, y sin cesar me hablaba de ella.

Decía que no la amaba ya, que la despreciaba, que se iría al fin del mundo ántes que volverla á ver; y á pesar suyo se encaminaba casi siempre á los lugares que le hablaban de ella y que le traían á la memoria su recuerdo.

Un dia, ó por mejor decir, una noche fué á un baile de máscaras á aquella sala de la Ópera en la que jamás entraba sin que le latiera el corazón. Solo, á pesar del gentío... *Siempre solo...* (porque él era entonces quien había adoptado la divisa de Judit), se paseaba silencioso en medio del bullicio... en aquel teatro... en aquel lugar donde tantas veces la había visto aparecer... Despues, internándose por los corredores, se dirigió lentamente á aquel palco segundo que en tiempos más felices ocupaba casi todas las noches, y desde el cual le hacía la seña de sus inocentes entrevistas.

La puerta del palco estaba abierta. Una mujer envuelta en un elegante dominó se hallaba en él, sola, y parecía abismada en profundas reflexiones. A la vista de Arturo tembló é hizo un movimiento como para levantarse y salir; pero no pudiendo apenas sostenerse, se apoyó en una de las barandillas del palco y cayó de nuevo sobre su asiento. Esta misma turbacion hizo que Arturo se fijase en ella y que se acercase para ofrecerle sus servicios.

Sin responderle, le rechazó ella con un ademán.

—El calor os habrá hecho daño,—le dijo el jóven con una emocion que en vano trató de dominar;—y si os quitaseis un momento la careta...

La desconocida volvió á rehusar, limitándose, para respirar con más libertad, á echar hácia atrás la capucha de su dominó, que le cubría la frente.

Arturo vió entonces los hermosos cabellos negros que caían en rizados bucles sobre su espalda. Así era como se peinaba Judit... aquella graciosa postura, aquel talle fino y delicado eran los suyos... allí encontraba su talante, sus maneras, ese invencible y poderoso encanto que se adivina y que no puede explicarse!...

La encubierta se levantó al fin.

Arturo lanzó un grito.

Él era entonces quien se sentía morir... pero haciendo un súbito esfuerzo, le dijo á media voz.

—¡Judit!... ¡Sois vos, Judit!...

Ella intentó marcharse.

—¡Quedaos por favor! Dejadme decir que soy el más desgraciado de los hombres por no haber sabido apreciaros cuando merecíais todo mi amor.

La desconocida se estremeció.

—Sí, entónces los merecías... entónces erais digna de los homenajes y la adoracion de todo el mundo... y sin embargo, tan insensato soy que os amo aún, no amo á nadie más que á vos, y os amaré siempre... á pesar de que me habeis sido infiel... de que me habeis hecho traicion!

Ella quiso responder, y la palabra espiró en sus labios... pero se llevó una mano al corazon como para justificarse.

—¿Cómo explicar, si no, vuestra ausencia, y sobre todo vuestros beneficios... esos beneficios de que me avergüenzo por vos y que he rechazado? Sí, Judit, no los quiero, no quiero más que vuestro amor; y si es verdad que no me habeis olvidado, que me amais todavía... venid, seguidme!... para seguirme preciso es amarme... porque ahora no tengo ya fortuna que ofreceros... ¡Qué! dudais... no me respondeis... ¡ah! ¡comprendo vuestro silencio! Adios, adios para siempre.

Y se dispuso á salir del palco. Judit le detuvo, asiéndole de una mano.

—Hablad, Judit; hablad por favor.

La pobre mujer no podía: los sollozos ahogaban su voz.

Arturo cayó de rodillas. Ella nada le había dicho... pero lloraba, y el jóven creyó que aquellas lágrimas eran su mejor justificacion.

—¿Me amais, pues, todavía?... ¿No amais á nadie más que á mí?...

—Sí,—contestó ella, tendiéndole una mano.

—¿Y cómo creeros?... ¿Dónde están las pruebas?... Quién me las dará?...

—El tiempo.

—¿Qué debo hacer?...

—Esperad.

—¿Y qué prenda de vuestro amor?...

Judit dejó caer el ramo de flores que tenía en la mano, y miéntras Arturo se inclinó para cogerlo, ella se lanzó al corredor y desapareció.

El conde trató de seguirla, la vió de léjos entre la multitud; pero detenido por el oleaje de las máscaras, la perdió pronto de vista. Despues creyó volver á verla... Sí, sí, era ella... y en el momento en que, siguiendo sus pasos, llegó hasta el vestibulo é imaginaba poder alcanzarla, la vió precipitarse en una magnífica carroza, que dos soberbios caballos arrastraron á galope tendido.

—Señores,—dijo el notario interrumpiéndose,—ya es muy tarde y yo acostumbro á madrugar; si me lo permitís, dejaremos para pasado mañana el fin de la historia.

VI.

El miércoles siguiente, dia de ópera, nos hallábamos todos en la orquesta, exactos á la cita, y el notario no llegaba. Se representaba *Roberto*, y esta

obra me recordaba mi primera entrevista con Arturo. Entónces me expliqué su tristeza, su preocupacion, y pensé en que el mismo Meyerbeer no podría ménos de perdonarle que no hubiera escuchado el sublime trío de *Roberto*.

—¿Pero acaso se hallaba en aquel momento mejor dispuesto á apreciar la bella música? ¿Era más feliz? ¿Había recuperado al fin á su Judit, ó la había perdido?

Ignorábamos todavía los obstáculos que les separaban, y nuestra impaciencia por conocer el final de la historia se aumentaba con la ausencia del historiador. Por fin llegó despues del segundo acto, y jamás ningun actor querido del público obtuvo un recibimiento más brillante que el que le hicimos al notario.

—¡Ya está aquí!

—¡Gracias á Dios!

—¡Vamos, querido, tiempo era ya!

—¡Qué tarde venís!

—He estado convidado á comer y he tenido que asistir á un contrato... Digo asistir, porque ya no ejerzo; he vendido mi notaria y, gracias al cielo, no debo nada á nadie.

—Excepto á nosotros.

—Nos debeis un desenlace.

—El de la historia de Judit...

—Os hemos reservado vuestro sitio... Vaya, sentaos...

Nos estrechamos cuanto fué posible, y el notario acabó así su narracion:

—Judit había dicho: *¡Esperad!*... y durante algunos dias Arturo tuvo paciencia, confiando en recibir alguna carta, algun aviso...—Volveré á verla, decía; ella vendrá, me lo ha ofrecido...—Pero pasaban los dias, las semanas, y Judit no iba. Seis meses trascurrierron de este modo, despues un año, luégo hasta dos. El pobre Arturo me inspiraba lástima, y más de una vez temí por su razon. La escena del baile de máscaras le había impresionado profundamente... Tenía momentos en que, al acordarse de aquella Judit que había vuelto á encontrar sin verla, que se le había aparecido sin mostrarle sus facciones, se creía víctima de una alucinacion. Su imaginacion, debilitada por el sufrimiento, le hacía creer que había sido un sueño, una quimera; llegó á dudar de lo que había visto y oido. Cayó gravemente enfermo, y en el delirio de la fiebre se imaginaba ver á Judit presentándosele por última vez y dirigiéndole sus postreras despedidas; y en vano trataría yo de repetiros las tiernas y conmovedoras frases que con tal motivo le dirigió... Judit era su único pensamiento, su idea fija... En esto estribaba el mal de que se moría.

Los cuidados que le prodigamos lo volvieron á la vida; pero se tornó sombrío y melancólico. Excep-

to á mí, á nadie veía. No había querido nunca disponer de la suma de Judit que tenía en su poder; y su fortuna, como ya os he dicho, no consistía más que en seis mil libras de renta. Empleó cuatro en abonar por todo el año un palco segundo de la Ópera... aquel palco segundo de frente donde había encontrado á Judit la noche del baile de máscaras. Iba á él todos los días, mientras confió en que la volvería á ver... pero cuando perdió esta esperanza, ya no tuvo valor ni fuerza para seguirle ocupando. Se veía allí solo, *siempre solo* (su constante divisa), y esta idea le hacía mucho daño. Unicamente, de vez en cuando, venía á la orquesta, dirigía una mirada dolorosa hácia el palco de Judit, y se marchaba murmurando:

—No está.

Tal era su vida; y á excepcion de algunas cortas temporadas en que se dedicaba á viajar, siempre con la esperanza de obtener noticias de Judit, ó algun indicio respecto á su suerte, constantemente se hallaba en Paris. Todas las noches, como por máquina, sin que en ello interviniese su voluntad, se encaminaba á la Ópera. Y para verle con más frecuencia, fué por lo que me aboné á esta localidad. Ultimamente ya no venía muy á menudo. Pero la semana pasada estubo un día. Se hallaba sentado, no á este lado de la orquesta, sino al otro. Desanimado ya por completo, sin conservar esperanza alguna, volvía la espalda al salon, y, abismado en sus reflexiones, nada veía ni escuchaba. Algunas ruidosas exclamaciones le sacaron, sin embargo, de su éxtasis. Acababa de entrar en un palco una señora jóven, cuya notable hermosura y espléndida *toilette* excitaron vivamente la general admiracion. Toda la artillería de los gemelos se dirigió hácia aquel lado.

No se oían más que estas palabras:

—¡Qué linda es!

—¡Qué frescura!

—¡Qué aire tan gracioso y tan distinguido!

—¿Qué edad calculais que debe tener?

—De veinte á veintidos años.

—¡Quiá! No tiene diez y ocho.

—¿Sabeis quién es?

—No, señor; es la primera vez que viene á la Ópera... Soy abonado antiguo y no la he visto hasta hoy.

Los espectadores inmediatos tampoco la conocían. Pero no léjos de ellos, un extranjero de bastante distincion se inclinó respetuosamente saludando á la hermosa dama. En seguida todos se apresuraron á preguntarle su nombre.

—Es lady Inggerton, la esposa de un rico par de Inglaterra.

—¡Tan bella y tan rica!...

—Pues se dice que no tenía nada... que era una

pobre muchacha que en un momento de desesperacion amorosa quiso arrojarse al agua, y que fué recogida por el anciano duque...

—Es una verdadera novela.

—No todas acaban tan bien; porque el duque, que se había interesado por la jóven y no podía pasar sin ella, resolvió, segun dicen, hacerla su esposa para dejarle su fortuna... como efectivamente ha sucedido.

—¡Diablo! Pues siendo viuda... es un excelente partido.

—Ha pasado ya el tiempo del luto, y tanto en Inglaterra como en Francia no faltará quien le haga la corte.

—¡Ya lo creo!—dijo el jóven que hablaba, arreglándose con una mano la corbata y dirigiendo con la otra el lente á lady Inggerton.—¡Eh! me parece, caballero, que mira hácia este lado.

—Os engañais,—contestó el extranjero.

—No, en verdad... estoy seguro... me refiero á este jóven...

Y al decir esto, señalaba á Arturo, que nada había oido, y á quien fué preciso explicar de qué se trataba.

El conde levantó los ojos, y en el palco segundo de frente... en aquel palco, que era el suyo en otro tiempo, vió... ¡Ah! no se muere de placer ni de sorpresa, puesto que Arturo vive aún... puesto que tuvo fuerzas y conservó razon suficiente para exclamar:

—¡Es ella! ¡Es Judit!...

Pero al mismo tiempo permaneció inmóvil... no se atrevía á respirar... temía despertar de un sueño.

—Caballero,—le dijo su vecino,—¿la conoceis acaso?

Arturo no le contestó, porque en aquel instante la mirada de Judit se había cruzado con la suya... Había visto brillar en los ojos de la jóven un relámpago de indescriptible satisfaccion. ¡Y qué fué de él, Santo Dios!... ¿Cómo es que no enloqueció al ver que Judit, levantando una de sus blancas y preciosas manos, le hacía la seña con que él en otro tiempo le anunciaba sus visitas?

¡Ah! ¡creyó volverse loco! Dejó caer la cabeza y permaneció algunos instantes con ella apoyada entre las manos, como para convencerse de que no era una ilusion, de que Judit vivía aún, y de que ella era la que acababa de ver. Cuando se aseguró, volvió á levantar la vista hácia el palco... ¡la celestial vision había desaparecido!... ¡Judit ya no estaba allí... se había marchado!...

Un frío mortal circuló por sus venas... una mano de hierro le oprimió el corazon... Despues, acordándose de lo que acababa de ver... y de oír... porque ella le había hablado... le había hecho una seña, abandonó su asiento de la orquesta y se lanzó á la calle, diciendo:

—Si esta vez tambien me engaño... si es una nueva alucinacion... ó perderé el juicio... ó me mato...

Y resuelto á morir, se encaminó directamente á la calle de Provence. Llamó á la puerta, que se abrió en seguida... y, temblando, preguntó:

—¿Judit?...

—Está en casa,—dijo tranquilamente el portero. Arturo dió un grito y se apoyó en la barandilla de la escalera para no caer.

Subió al cuarto principal, atravesó todas las habitaciones y abrió la puerta del gabinete.

Estaba amueblado como en otro tiempo; lo mismo exactamente que hacía seis años.

Hasta la cena que había encargado ántes de su repentina marcha, apareció dispuesta ante sus ojos. Había en la mesa dos cubiertos.

Y Judit, reclinada en un divan, le dijo al verle entrar:

—Muy tarde venís, amigo mio.

Y le tendió una mano. Arturo cayó de hinojos á sus piés...

Aquí se detuvo el notario.

—¿Y qué?—exclamaron todos;—acabad.

El notario se sonrió y repuso:

—Arturo no me ha contado más... Por otra parte, va á empezar el tercer acto de *Roberto*...

—¿Qué importa? acabad.

—¿Qué más he de decir? Vengo de comer con ellos y de firmar el contrato.

—¿Se casan, pues?

—Judit lo ha querido.

—Como última sorpresa sin duda.

—¿Acaso le tenga reservada alguna otra!

—¿Cuál?—preguntó vivamente el profesor en Derecho.

—Yo nada sé,—respondió el notario sonriéndose;—pero se asegura que el anciano duque, su difunto esposo, no la llamaba nunca más que: *mi hija*.

En aquel momento se abrió el consabido palco segundo, y apareció Judit envuelta en su manto de armiño y apoyada en el brazo de su amante, de su marido.

Una misma exclamacion salió instantáneamente de los bancos de la orquesta:

—¿Qué linda es ella! ¿Qué feliz él!



EUGENIO SCRIBE.

Traducción de R. M. S.

LOS ORADORES DEL ATENEO.

D. MANUEL PEDREGAL.

Habló, y pidió la palabra el P. Sanchez. Todos dijimos: «Séale Sanchez ligero.» Temblábamos por él, y no sin razon, porque es un poco cándido. Contra lo que esperábamos, el tonsurado campeón del ultramontanismo desdeñó la presa y satisfizo su voraz personalismo con algunos leves mordiscos á la ciencia liberal. Así, que no pude ménos de exclamar entre dientes: «Bienaventurados los cándidos, porque ellos no sufrirán los rigores del P. Sanchez.» Y no porque el P. Sanchez sea, bajo este punto de vista, más temible que cualquier otro ultramontano; las tomo yo con su paternidad. Mas para el buen concierto y feliz demostracion de mis ideas, conviene personificar en alguno ese espíritu clerical que levanta las montañas y las partidas, y tuve la mala ocurrencia de fijarme en el P. Sanchez. El P. Sanchez, pues, ha sido sacrificado á una cuestion de método. Dios me perdone, ya que él no me ha de perdonar. De todas maneras, le doy el más sincero parabien por no haber tenido el mal gusto de atacar personalmente al Sr. Pedregal. La personalidad del Sr. Pedregal es de acero bruñido, y cuantos dardos se la dirijan se harán pedazos ó volverán á herir la mano que los haya lanzado.

El Sr. Pedregal no tiene historia, y por eso le considero feliz. Los individuos como los pueblos más felices son aquellos que no tienen historia. No abundan todos, sin embargo, en mi opinion. Hay muchos todavía para quienes la historia lo es todo—siquiera sea la del doctor Garrido—y que se hacen cruces cuando contemplan ministro á una persona cuyo nombre no ha conseguido el incomparable honor de llegar á sus orejas. Esta gente, que ama la publicidad ántes que el mérito, jamás perdonará al Sr. Pedregal el haber sido ministro sin haberse anunciado previamente unas docenas de veces en *La Correspondencia*. Pero si el vulgo necio no le perdona, los doctos le han acogido en su seno, y figura ya con justicia entre lo más ilustre y selecto de nuestra sociedad. Sus brillantes discursos de este año han dejado grato recuerdo en el Ateneo de Madrid, despertando por su persona la simpatía y el respeto que sin disputa merece.

Es el Sr. Pedregal, hombre de profundos conocimientos y de un honrado pensar. Ama á los tiempos actuales como ama el marino al bajel que lo conduce por el húmedo desierto á playas aún no vistas, pero ya soñadas. ¡Odiar á su siglo! ¡No es esta una infame deslealtad? Y cuando este siglo sostiene lucha bárbara, pero heroica, con la desgracia que pesa sobre su frente; cuando le vemos

por tierra yacente, sintiendo revolverse en sus entrañas el hierro de la duda, y después alzar su noble cabeza con mortal angustia y extender sus temblorosos brazos hacia el porvenir, ¿no es casi un sacrilegio?

¡Oh, qué miserable es el que odia al siglo que le lleva en su seno! En vez de enjugar sus amargas lágrimas, en vez de derramar sobre sus miembros destrozados por la fatiga el bálsamo de la fe, en vez de prestarle el hombro para que sostenga sus vacilantes pasos, le vilipendia y le escarnece! Yo pondría sobre sus espaldas un letrero que dijese: «¡Traidor!»

El Sr. Pedregal no es de los traidores; es un amigo leal de su siglo y le sirve con una inteligencia poderosa y con la reconocida integridad de su carácter. Espíritu abierto á toda verdad, y voluntad apercebida á toda noble empresa, es capaz de sacrificarlo todo por sus ideas y por sus amigos; todo, menos su razón.

Nada semeja á aquellos que con la mayor facilidad hacen á Dios el sacrificio de su razón—sin duda porque la tienen en poco—y son incapaces de sacrificarle ninguna de sus viles pasiones.

No pertenece el Sr. Pedregal al número de aquellos otros á quienes un impulso fatal é irresistible arrastra hacia las borrascas de la vida pública porque sienten en su pecho el acicate de la ambición. Por el contrario, estoy seguro de que le viene prieta esa vida, y apetece de todas veras aquella otra más serena y retirada en que pueda dar entera libertad á la disposición de su espíritu, consagrándose al estudio, *ni envidiado ni envidioso*. La inteligencia del político brilla como un relámpago, ilumina el horizonte, deslumbra á la multitud y vuelve á quedar sumida en las sombras hasta que fulgura nuevamente. La del Sr. Pedregal esparce en torno suyo, como gusano de luz, una claridad no tan viva, pero más constante.

La tribuna del Sr. Pedregal no es la del Parlamento. Se siente más cómodo en la cátedra; pero donde se mueve con mayor holgura y desembarazo es en la del foro. En el debate académico nuestro orador hace brillar su erudición y la incomparable fortaleza de su razonamiento; mas cualquiera que le escuche atentamente, no tardará en percibir que aquella palabra serena, persuasiva, majestuosa, padece de nostalgia. Está reclamando á gritos el debate jurídico. Llamo la atención de los críticos hacia el lamentable abandono en que yace la oratoria forense en nuestro país. En las naciones latinas, precisamente en aquellas que debieran rendir un tributo constante de admiración á la elocuencia de la toga, se encuentra sofocada y rendida á la gran pesadumbre de la tribuna política. Esta, más joven y vigorosa, la aventaja en expresión y colorido; pero

¿cuánto la supera aquella en energía y concisión! Entiendo que no existe motivo alguno para que pongamos en olvido este género de oratoria, en el cual Hortensio y Cicerón alcanzaron sus más preciados lauros. Y hoy que las circunstancias me deparan un orador llamado por sus condiciones á ilustrar con su nombre los anales del foro, bien puedo regocijarme, y conmigo los que amen el arte en todas sus esferas.

En efecto, el Sr. Pedregal no puede ser orador político, según el sentido que hoy se aplica á este dictado, porque no tiene un alma laberíntica, porque bajo su frente se oculta un espíritu trasparente, un espíritu que está en paz con el mundo y consigo mismo. Para brillar en la oratoria parlamentaria es necesario poseer cierta dosis de osadía, y un sí es ó no es de malicia. No pidais nada de esto á nuestro orador: aseguro, sin temor de equivocarme, que no existe persona alguna que con razón pueda quejarse de haber sido herida, ó aún mortificada en lo más mínimo, por el Sr. Pedregal en el debate. Tampoco es un orador que corra desatentado en pos del éxito. Lucha con denuedo por sus ideas, sin parar mientes en el resultado de la lucha, porque es uno de esos corazones de león que no tienen necesidad del éxito para combatir hasta el último instante.

El Sr. Pedregal profesa con firmeza sus creencias religiosas y políticas. Si no es por esto el ave fénix entre nuestros políticos, poco le ha de faltar seguramente. ¡Desdichado! ¡Qué pecado habrá cometido para ser hombre político en España! Merecía serlo en un país civilizado. El Sr. Pedregal tiene horror al vacío, y nuestros gobernantes lo erigen en norma de su conducta. El Sr. Pedregal nutre en su espíritu ideas, y nuestros gobernantes las arrojan con desprecio, si es que alguna tiene la desgraciada ocurrencia de dar un paseo por su cerebro. Casi estoy tentado á darles la razón. Toda idea en España es un faccioso. No hay idea á quien no se le caiga la cara de vergüenza viendo lo que aquí sucede. Y no es eso lo peor, sino que maltratan con su constante clamoreo los delicados tímpanos de nuestros conservadores. Están fuera de la ley y de la constitución interna. ¡A Fernando Pío con ellas!

Como orador académico ha mostrado el Sr. Pedregal en su corta carrera excelentes cualidades. Para hablar bien no hay nada mejor que conocer el asunto del debate, hasta en sus más recónditas profundidades. El ilustre orador demócrata conoce cuantos asuntos trata, con la notable erudición que ya le caracteriza. Ama con pasión los detalles históricos, y bajo este punto de vista más que por ningún otro, ha conseguido hacerse apreciar en la cátedra del Ateneo. Su cabeza es un precioso arsenal que infunde terror á cualquier ultramontano. No es preciso exigirle la cita con el capítulo, página, edi-

cion, etc., etc.—antigua zancadilla que el P. Sanchez suele armar á los oradores inexpertos,—porque á todo ello y aún á más se anticipa el simpático campeón de la democracia. Su palabra no es brillante ni flexible, sino severa y enérgica. Procede con cierta lentitud, que hace á su oratoria un tanto lánguida y monótona; mas cuanto pierde en viveza, lo gana en claridad y ternura. Cuando el Sr. Pedregal toma la palabra, me llego á imaginar que es un hecho el que alza su voz en la discusión, para hablar con aquella lucidez, rectitud y frialdad con que un hecho hablaría si se hiciera carne. Sin embargo, hay cierta palidez en sus discursos, que el Sr. Pedregal debiera cuidar de combatir. No se me oculta que la verdad es fría, y que la artística combinación de efectos con que se la ofrece, no suele siempre dejarla incólume; mas no debe perderse jamás de vista que la verdad entra tanto por el sentimiento como por la razón, y que en nuestro país, sobre todo, aunque place mucho lo desnudo, á la verdad se la exige que se presente siempre bien vestida.

En suma, la elocuencia del Sr. Pedregal necesita más calor y más claro-oscuro; pero es admirable por su claridad y solidez. Me complazco en consignarlo de esta suerte; primero, porque es verdad, y después, porque sé que al hacerlo le doy un mal rato. ¡Cuánto se goza ruborizando á la modestia!

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

EL PAN.

Merendando alegremente en el jardín de su casa, estaba el domingo un niño con su madre; terminada la merienda, al pequeñuelo se le ocurrió hacer migajas del pan sobrante, y se puso después á desparramarlas. —«¡Oh, eso nunca! interrumpiéndole su buena madre: repara que otro niño pobrecito mira en la verja con ansia el pan que tú desmenuzas; ten presente, hijo del alma, que lo que te sobre puede á otro más pobre hacer falta, y Dios quiere que en el mundo nadie desperdicie nada.» —

«Tú no sabes, hijo mio, continuó tras breve pausa, el trabajo y los afanes que cuesta ese pan, la gracia

de Dios, primer bien del hombre, esa comida tan sana y nutritiva, que nunca nos hace daño ni cansa y sin la cual los mejores alimentos empalagan. Ya vas siendo un hombrecito, y para que te persuadas de cuanto digo, oye un cuento que se refiere de Holanda:»

«Ciudad notable, emporio del comercio holandés era la rica Stavoren há siglos. Al encuentro de tan próspero centro, buques mil aportaban de todas las naciones: cuanto los campos y la industria daban. Sus edificaciones eran tan colosales como palacios reales, sobre todo el palacio de Richerta, huérfana y dueña de una vastísima fortuna que daba asombro á la ciudad y al mundo.

Ébria de orgullo, pero de adulación hasta lo sumo avara, daba ricos banquetes: vino un día invitado á su mesa un extranjero ilustre que tenía mucho mundo corrido, mucho visto, hombre también de posición y fama.

Esmeróse la dama en deslumbrarle con gentil sorpresa, esperando alabanzas á millares de tantos y tan clásicos manjares como ofreció su mesa, mientras que el caballero, viendo que el pan faltaba (pues Richerta lo juzgaba alimento muy grosero, propio solo del pobre), dijo:—«Nada vale una mesa que de pan carece...» quedando ella confusa y humillada. Dicen que tanto padeció en su orgullo

y fué tal su despecho, que llegando su flota con pertrecho de inmenso trigo de exquisita clase, mandó que al agua todo el grano se arrojase, y á más se cuenta que cayendo sobre cierto fondo de légamo aquel trigo, más tarde vegetó y formó escollo en medio el puerto, que impidiendo abrigo á la soberbia flota, su naufragio puso en el caso á Richerta de mendigar el pan de puerta en puerta.

Libre é indómito el mar, tragó iracundo
la opulenta ciudad; hoy dominante
sobre sus torres pasa el navegante:
el Zuiderzé la oculta en lo profundo.»

«Pero, prosiguió la madre,
no es fácil que tú comprendas
lo que es el pan, hijo mio,
sin que tengas una idea
de cuánto esfuerzo, trabajo
y tiempo obtenerlo cuesta...
Cuando ya no ve una espiga,
terminada la cosecha
del año anterior, por mucho
que busque la espigadera;
cuando los nuevos retoños
han arrojado á la tierra
alboholes blancos, rosados,
que entre la paja se mezclan,
entónces el campesino,
que nunca descansa, empieza
á labrar de nuevo el suelo.
Aran los bueyes; la siembra
al surco abierto confía
la semilla, que se apresta
á germinar con el soplo
fecundante; cae la tierra
en la semilla de nuevo,
y termina la tarea
del hombre, miétras principia
la de la naturaleza.
Viene el invierno; la nieve
cubre los campos y ahuyenta
los insectos destructores
y las parásitas yerbas.
Pronto ya por la mañana
cada tallo se apodera
de una gota de rocío
que el sol aspirando seca.
Junio prepara más tarde
la gavilla, y se renuevan,
tras la alfombra de esmeraldas,
esas vistas pintorescas,
esos esmaltes de púrpura
y de vivo azul que prestan
la amapola y el aciano,
lujo de la Providencia.
El mes de Julio madura
todo el grano, y se dan priesa
á afilar los labradores
las hoces para la siega.
¡Qué animacion! ¡qué alegría!
¡qué esperanzas tan risueñas!
Una mano coge el trigo,
otra lo corta y entrega
á las que forman las haces:

luégo acuden las carretas,
y aquellos bueyes que araron
el campo, triunfantes llevan
el fruto de sus sudores.
Las espigas en las eras,
el viento sopla, separa
la paja del trigo, y queda
nada más que acarrearlo
donde se guarde ó se venda.
Después lo lleva al molino
metido en sacos la recua,
y el molinero, de polvo
la cara y la ropa llenas,
muele, canta y se acompaña
con el tic-tac de la rueda.
De este modo el panadero
tiene la harina dispuesta:
la recibe, la coloca
para amasarla en la artesa,
echa agua y sal, y sus brazos
agotan todas sus fuerzas.
Hechos los panes, al horno
se llevan para que cuezan,
y al abrir la puertecilla,
el pan trasciende y humea:
rico fruto con que el cielo,
en dones pródigo, premia
los esfuerzos combinados
del agricultor que siembra,
del industrial que elabora
y de la naturaleza,
cuya brisa, cuyas aguas,
cuyo sol y cuya niebla
dan las mieses, dan al hombre
pan blanco y paja á las bestias!»

«Calcula, añadió la madre,
el valor y la importancia
de lo que tanta constancia,
dinero y tiempo costó.
De Dios la mano bendijo
nuestro mejor alimento,
y en el Desierto el portentoso
de multiplicarlo obró.

—*Este es mi cuerpo*, decía
el mismo Cristo en la cena
á sus discípulos, llena
su palabra de humildad;
pues con misterio tan grande,
con símbolo tan sublime,
se fortifica y redime
la débil humanidad.

En la oracion que te enseña
á pronunciar tu maestro,

dice *Danos el pan nuestro de cada día* al Señor, y al cielo suben unidos el ruego del pan diario y la oración, necesario testimonio del amor.

Tal es el pan, hijo mio; si al suelo cae de la mesa, se limpia en el acto y besa; no lo desprecies jamás. Cuando falta, nada existe que lo supla, y buen testigo será de lo que te digo otra anécdota que oirás:»

«En una pobre aldea cuentan que se sufría tan grande carestía, pues las cosechas todas se perdieron, que bastará para formarse idea saber que perecieron muchos braceros sin trabajo exánimes.

Una infeliz viuda alimentaba con algun pedazo de troncho seco ó de hortaliza cruda á cuatro pepuñuelos. Llegó un plazo en que ni tronchos hubo, y aquellos pobrecitos pidiendo pan á gritos le desgarraban á la madre el alma...

En tal angustia, llega á la vecina playa un cargamento de trigo: el pueblo hambriento se abalanza á comprar amotinado; el uno, á falta de moneda, llega con ropa; el otro un relicario ofrece; otro el anillo de su boda entrega. La madre, que de todo esto carece, por el amor de Dios pide algun trigo.

—¿Traes dinero? le dice el mercader avaro.—¡Oh, no! responde; pero Dios multiplica lo que se da al mendigo, y en tanta cantidad ¿qué significa un poco que me des?—¡Atras! no hay nada, exclamó el traficante: ¿por ventura,

mi vida expongo y mi dinero empleo para darlo en limosna?...—La amargura de la pobre mujer y el clamoreo llegaron á su colmo;

insistió y lloró en vano, como si peras le pidiese al olmo. Se ignora el fin de aquella pobre gente; pero la barca, enajenado el trigo, contra una roca se estrelló: castigo del que niega un socorro al indigente.»

«No olvides nunca, hijo mio, la moral de estas palabras; mira siempre alrededor tuyo si algun desgraciado aguarda la salvación de tu mano, y cuando la fiebre avara del egoismo, serpiente que en el corazon se arrastra, te haga pensar en tí mismo primero que en nadie, guarda memoria de aquella madre, recuerdo de aquella fábula. ¿Y quién te dice que el pobre más ruin que á tu puerta llama no es el mismo Jesucristo que otra vez al mundo baja, Aquel que dijera: *Cuando socorrais á la desgracia en mi nombre, es á mi propio quien socorreis?* ¡Oh! graba en tu memoria esta idea; que cuando crezcas y vayas reflexionando tú mismo, juzgarás tan necesaria la caridad, que sin ella la sociedad no se salva.»

Calló la madre, y el niño, arrepentido y con lágrimas, corrió á darle pan al otro niño pobre que con ansia miraba desde la verja el que aquel desmigajaba.

MANUEL MARÍA FERNANDEZ Y GONZALEZ.

FIN DEL TOMO NOVENO.